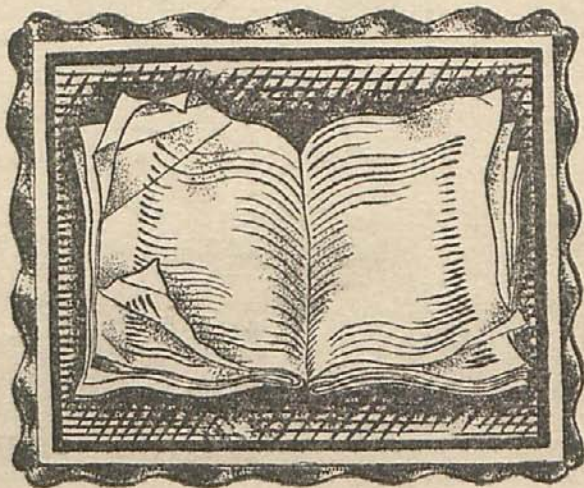


HISTORIA

REVISTA DE ESTUDIANTES

7 FEB. 1936



Año I

Mayo de 1935

Núm. 3

S U M A R I O

PÉRDIDA Y GANANCIA DE RÓMULO

por Carlos A. del Real.

LA IDEA DEL PROGRESO A TRAVÉS
DE LUCRECIO

por Susana Mocoroa Garitano.

LAS MIL Y UNA NOCHES

por Antonio Matilla.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO DE MAQUIAVELO

por Gregorio Marañón Moya.

LA MÚSICA DE JUAN SEBASTIÁN BACH

por Darío Fernández Flórez.

ESPAÑOLES EN DINAMARCA

por María del Rosario de Nardiz.

T E X T O S

("Eadem sed aliter", por F. Guizot).

BIBLIOGRAFÍA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Trimestre	3,00 ptas.
Semestre	5,50 »
Ocho meses (un curso completo).	7,00 »

Número suelto:
1,25 pesetas.

HISTORIA

REVISTA MENSUAL

Redacción y Administración:

Facultad de Filosofía y Letras - Ciudad Universitaria
Madrid



AÑO I

Mayo de 1935

NÚM. 3

Pérdida y ganancia de Rómulo

POR

CARLOS A. DEL REAL

Me propongo aquí presentar un caso eminente y extremado de creación del pretérito por el presente. Esto implica una base informativa, y, sobre todo, un sistema de supuestos. Ni éste ni aquélla pueden desarrollarse aquí. Por tanto, ruego al lector que no olvide en ningún momento que:

1.º *La información contenida en este artículo es una reducción máxima, y, por tanto, arbitraria, cuyo único fin es evitar que mis afirmaciones queden completamente en el aire.*

2.º *Los supuestos son, precisamente, supuestos. Espero, sin embargo, ser lo bastante transparente para que, a través de mi prosa, sea perceptible el pensamiento rector. Y*

3.º *Esos supuestos no son de mi invención. Pienso que nadie me creará capaz de habérmelos improvisado; y entre el plagio y la tradición, prefiero ésta.*

J A N O

Quando se habla del pasado hay que hacer dos cosas: contar e interpretar. Toda historia es, quiérase o no, interpretación. Y si la historiografía erudita se interesa por el pasado en sí, la tradición busca, en él,

consejo y claridad para el presente. Y a la sombra de este deseo nacen todo género de falsificadores: genealogistas, demagogos y otros tales.

Así la cuestión es dual. Como en un perfil de Jano, en todo momento estamos viendo dos caras: una, la formación de la leyenda popular; otra, la intromisión de toda una serie de historizantes, para derivarla en este o el otro sentido. O bien la fosforescencia de un pasado inexistente y la dura realidad del día en que se vive. O la épica, utópica y ucrónica y la analística, analítica y pseudorracional. Y así hasta el infinito.

Hemos nombrado a Jano como podríamos haber nombrado la multi-voca Isis. La realidad no es agotable, pero mi capacidad de trabajo sí. Tengo que limitarme a indicar, sin más que un leve gesto, alguno de esos múltiples Janos que, diferentes de sí mismos, nos miran desde la antigua ciudad. Porque no hay que olvidar que nuestra historia pasó en el Lacio y que allí reinó Jano.

ROMANO Y GRIEGO

Basta abrir el manual de bachillerato o cualquier libro renacentista en que se aluda a los orígenes de Roma, para darse cuenta. Esos orígenes respiran aire helénico. Eneas, Ulises, Circe, Evandro, nos asaltan a cada instante. Rómulo y Remo duplican relatos arcadios, acayos y de Elida. Si sustituimos la totémica loba romana por cualquier otro animal, si en vez del guerrero Marte ponemos algún otro habitador del Olimpo, tendremos a Telefo, Perseo, Neleo y Pelias o cualquier héroe de oscuro nacimiento y lactancia ferina. Se nos dice que Rómulo fundó el asilo capitolino por inspiración délfica. Sabemos que, al caer los reyes etruscos, se erigió una loba de bronce, pero sin los niños semidivinos. Estos aparecen en el siglo III, cuando el espíritu de las colonias griegas iba ya cubriendo toda Italia. De Rómulo se menciona un monumento triunfal que revela el sello de la helenidad. Y la divinización de Rómulo es una apoteosis. Por tanto, algo venido de Oriente, de seguro a través de Grecia.

Pero ¿es que los romanos no fueron capaces de explicarse nada? No tanto. Entre la fundación, por consejo délfico, y la divinización, pasaron muchas cosas: la muerte de Remo; la organización de la ciudad

en tribus, curias, patriciado y plebe, Senado; la alianza sabina después del rapto; y hasta, según algunos, la muerte del mismo Rómulo en una sedición. En una época muy posterior se enseñaba todavía su sepulcro. Como vemos, la leyenda no es sólo doble, sino contradictoria consigo misma.

Rómulo fué para muchos un fundador mortal, y su caída refleja acontecimientos muy posteriores; tan posteriores que uno de ellos es la muerte de César. Las guerras del primer rey se repiten en la época republicana. Los sabinos entraron a gozar de la ciudadanía en el siglo III, y mucho antes habitaban algunos de ellos el Quirinal. El doble gobierno de Tacio y Rómulo tal vez no sea otra cosa que un reflejo de la fórmula consular. Las instituciones inmemoriales, tradicionales; curias, tribus, senado, patriciado y plebe, clientela, que se atribuyen al fundador, son, por lo menos, itálicas.

Ya no se respira aquí el aire del Olimpo. No hay dioses, doncellas regias violadas junto al río, niños abandonados ni pastores bondadosos. Hay ruido de armas, rigor de leyes, espadas y togas. Y, en la historia del mundo occidental, el mito, la epopeya, el dios enardecido de deseo y la fiera que cobija el temblor infantil, tienen un claro nombre de luz y mármol: Grecia. Y la norma de bronce y el gladio victorioso y el gesto duro de imperio, se llaman Roma.

La formación es ejemplar: el romano quiere explicarse no sólo el nombre de su ciudad, sino sus conquistas y sus instituciones; el griego acelera el proceso legendario con injertos míticos. A Rómulo—el epónimo etrusco—se añade Remo. (Remo sale, por contagio, de la palabra Rhomos, el epónimo griego).

Al duplicarse el héroe la imaginación de los genealogistas helenísticos se llenó de gozo. La dualidad nos lleva a un magnífico mundo épico: nada menos que a los dioscuros, y al mismo tiempo nos acerca a Esparta, la de los dos reyes simultáneos.

No sabemos bien cómo llegó un momento en que uno de los dos sobraba. Rómulo mató a Remo. Y a partir de entonces la historia, que con los auspicios rituales iba tomando un aspecto etrusco, se desheleñiza.

No poseemos una tradición estrictamente romana respecto al nacimiento y la infancia de los fundadores. En cambio, la actuación histórica de Roma se refleja en la legendaria de su primer rey. Y, según una tradición muy escasamente representada, Remo mató a Rómulo.

Eso habría sido ya excesivo. Que el etrusco mate al griego, está bien. El etrusco, es decir, el romano, quiere el mando, la fuerza y la victoria; el otro es fácil de contentar, le bastan los ritos y los sacrificios. Rómulo no los necesita; sólo cuando Roma se helenice y pierda el sentido de su antigua religión se superpondrá a un inexplicable dios Quirino, la persona de Rómulo. Y entonces, con una técnica de tragedia, el héroe fundador subirá a habitar con los inmortales.

PASADO EPICO Y PRESENTE POLITICO

Si los genealogistas griegos hicieron lo que hicieron, no fué menor la obra de los demagogos. El pobre Rómulo llegó a ser cualquier cosa menos él mismo. Para unos duplicó a Sila, para otros reprodujo a César. Cicerón le tenía por un buen rey burgués a lo Luis Felipe. Toda una rama de la historiografía se dedicó a desceñir la corona sacral a los reyes, a desnudarlos de púrpura, a quitarles el cetro mágico y a descalzarles las sandalias rojas. Y si esto parece contrario a la tendencia magnificadora del mito, no nos extrañará si pensamos que quienes decían o escribían tales cosas, proyectaban, sobre el pasado, sus actuales preocupaciones. Así, el defensor de la República patricia presentaría un rey elegido por votación y gobernando constitucionalmente; el partidario de las leyes agrarias diría que Rómulo repartió tierras entre los proletarios, y así todos. Y, si, en la tradición, ya elaborada y difícil de cambiar, se encontraban hechos contradictorios, se optaba por unos o por otros; y si los hechos eran opuestos a la intención del escritor, entonces se hacía del héroe un tirano.

Así se producía el conflicto. El pasado es mito. Está cubierto por una pátina multiseccular y rodeado de una aureola venerable. Pero el que agita y es agitado por la tormenta no respeta nada. Acaso sin querer, probablemente con una culpable semiinconsciencia, hará un Rómulo absurdo. Le supondrá enemistador, en los orígenes mismos de la ciudad, de los nuevos y viejos romanos, y le hará morir violentamente en un tumulto. Los políticos de la época en que se escriba arrojarán sobre la lejanía sus sombras gesticulantes y el pasado épico perderá su olímpica indeterminación al empuje del tormentoso presente político.

HISTORIZACION DEL MITO

La épica, naturalmente, no es historia. No le importa el tiempo. Para ella son hechos naturales los que emanan de la naturaleza de las cosas, pero de las cosas míticas. Así lo natural es que las lobas crien a los niños abandonados, que los hombres asciendan al cielo, que el mismo héroe salido de Troya el día de su destrucción funde Roma. ¿Qué le importan al mito, y a su expresión, la epopeya, las genealogías rigurosas? A él sólo le interesan, la fosforescencia de su pasado que no es el de la historia, y la proximidad a los dioses, que anduvieron por la tierra, pero en una era indeterminada.

Luego, advienen otros tiempos en que se pretende explicar las cosas racionalmente. Muchas leyendas parecen absurdas, y como no es posible, por motivos sociales, religiosos, patrióticos, estéticos y muchos más, destruir el cuerpo entero de la tradición, se trata de hacerlo comprensible. Eso no puede hacerse si el mito no se toma como lo que es; pero se pretende tomarlo como historia, y entonces se halla uno preso en un mundo de contradicciones. Si entre la destrucción de Troya y la fundación de Roma pasaron cinco siglos, no es posible que Rómulo fuese hijo o nieto de Eneas, como suponían los más antiguos relatos.

Por otra parte, no es usual que los dioses tengan hijos con las vestales ni que las lobas amamanten príncipes abandonados. Por tanto, se piensa que Rómulo y Remo son hijos de algún hombre. Que la loba es la meretriz (lupa) Acca Larentia (1). Y para llenar los siglos transcurridos entre Eneas y Rómulo se inventan los trece reyes de Alba.

Si entonces hubiese habido sentido histórico, se habría podido entender todo esto. Como no lo había, se supuso, por ejemplo, que el siglo VIII razonaba igual que el II. No se logró más que evaporar la luminosa sugestión del mito, sin llegar a explicar nada. Y una vez más se halló verdadera la genial frase romántica: el historiador es un profeta al revés. Y los romanos, que, a pesar de augurios y harúspices, nunca fueron profetas, tampoco supieron ser nunca historiadores.

(1) La loba es el totem de Roma. En las primitivas redacciones literarias del mito no se dice «lupa», sino «lupus» (femina), que no puede ser más que loba. Acca Larentia es una diosa latina. Es evidente lo absurdo de las interpretaciones que hemos visto.

VARIACIONES SOBRE EL PASADO

En nuestro mundo actual, todo movimiento, si quiere ser algo, o va fuera del tiempo o apunta hacia un mañana más o menos próximo. En el Oriente eslavo, que casi empieza a ser Asia, por tanto, donde nuestro mundo termina, aún se puede oír decir que se trabaja para las generaciones venideras. Mirando, en cambio, al hombre antiguo veremos que quiere justificarlo todo por los padres, las costumbres de los mayores, el antiguo rito. En el Derecho Romano se habla de verbales formulismos y formalismos que sólo en una época mágica, mucho antes fenecida, habrían tenido sentido. Pero, ¿qué importa el sentido? En Grecia les importa a los filósofos, que nunca son, realmente, muy populares. En cuanto a Roma, la posición es mucho más radical: no hay filósofos. El Senado, la corporación tradicional por excelencia, ordena su expulsión. Y allá van los investigadores del ser, los que intentan dar un sentido a las cosas, mezclados con las bacantes y con los poetas licenciosos.

El presente, hemos dicho, lo justifican por el pasado. Al encontrar una institución dual se supondrá que Rómulo y Tacio gobernaron juntamente. Si los ritos matrimoniales simulan un rapto, se nos dirá que los primeros romanos robaron las mujeres de los pueblos próximos (2). Y si los nombres de las curias suenan a apelativo femenino, se dirá que aquéllas les dieron los suyos.

No basta. Lo que pasó no pasó definitivamente. Ese ayer indefinido es un dictador durísimo que ordena nuestro hoy. Por eso la historia es lección y el romano se desespera de hallar, en los tiempos de la antigua virtud, hechos ignominiosos. San Agustín nos dice que muchos negaban el fratricidio romúleo; otros lo dudaban; otros lo disimulaban.

Y, sin embargo, ningún pueblo tan vacío de intelección histórica. Jamás hace el menor esfuerzo para entender los residuos de ese ejemplar pretérito. Prefiere aplicarles la primera explicación que se le viene

(2) Los romanos se quedaron cortos. Para explicar el matrimonio por rapto habrían tenido que remontarse hasta la prehistoria, pero eso era un esfuerzo excesivo. Tal vez podrían habérselo explicado observando costumbres bárbaras, pero los romanos raramente pensaban que el modo de vivir actual de otros pueblos podía haber sido el suyo en épocas anteriores. Esto es una prueba más de falta de sentido histórico.

a la cabeza. Y así la vieja diosa terrestre se transformará en la traidora Tarpeya que entregó la ciudad a los sabinos; y el cúmulo de armas del trofeo será el montón de escudos con que los guerreros de Tacio ahogaron a Tarpeya, pagando así su traición.

HE AQUÍ EL PROBLEMA

El caso de Rómulo es un ejemplo ilustre de la múltiple, compleja y oscura actividad de la elaboración mítica y de su historización; pero, a su vez, todo ello no es más que un caso de algo más amplio: la creación del pasado por el presente.

Y ahora empieza el verdadero problema.

Toda época tiene que mirar hacia atrás. Su mirada puede ser errónea. La tradición puede no contener una palabra de verdad. Da igual. Queremos, nada más, ver a través de esa tradición, no los hechos en ella representados, sino la época que la hizo.

Es corriente utilizar la leyenda, el mito, incluso la historiografía de un pueblo y de un tiempo para reconstruir los anteriores, y muchas veces se suele decir, con cierta desesperación, que detrás de eso no hay ningún hecho real.

Decir esto es una imperdonable falta de sentido histórico. El hecho está ahí. El hecho no es el pasado de un pasado, sino su concepción del pasado.

Este es el problema que hace unas líneas inicié. El entender a un pueblo por la imagen que él se forma de su historia. No me interesa que la existencia de Rómulo no sea verdad; siempre será verdad que los romanos creyeron en ella de este o del otro modo. Al perder a Rómulo hemos ganado una enorme posibilidad de conocimiento del alma romana. Hay que actualizar esa posibilidad.

Algo de eso es lo que he intentado hacer. Ya al comenzar sabía que no lo lograría. No importa. Había que indicarlo con un leve gesto. Eso es lo que he podido. Y lo que creo haber hecho. Ojalá algún día un historiador español, quizá hoy compañero mío, sepa entender y hacernos entender el alma romana. Y entonces se verá la ganancia que ha sido para nosotros la pérdida de Rómulo.

La idea del progreso a través de Lucrecio

POR

SUSANA MOCOROA GARITANO

Cuando voy por el campo reconozco inmediatamente un hormiguero: las hormigas hacen siempre sus graneros debajo de montoncitos de tierra desmenuzada y suelta. Todos los nidos de los jilgueros son iguales en forma y tamaño, y todos, en la época de cría, llevan cuatro o cinco huevos. Los perros, antes de echarse a dormir, dan unas vueltas alrededor de la que va a ser su cama.

Y sin necesidad de recurrir al ejemplo tan repetido de los castores, es evidente que los animales, esclavos de su especie, viven dentro de su casta, obedeciendo a leyes fijas, obrando casi como autómatas.

En cambio, el hombre sabe combinar los objetos que encuentra, inventa utensilios de que servirse; con una inquietud mezclada de pasos escudriña los enigmas que le rodean; y vence mil obstáculos que el clima, sus compañeros o su propia constitución le presentan, haciéndose así una vida más agradable y más llena. Divide sus actividades organizando el trabajo; por la abstracción va separando ideas y creando las artes, y forma distintos planos ideológicos y afectivos en la convivencia con los demás hombres. En resumen, el hombre es el animal que sabe «complicarse la vida». Proponiendo fines a las cosas, va desplegándolas, enriqueciendo con nuevas facetas el horizonte de su existir. Y como sabe elegir, hace una gradación en sus adquisiciones conforme a lo bueno y a lo malo, levantando hasta el ideal sus anhelos, tan perfectos como imposibles, y relegando al fondo lo bajo y despreciable. Así establece, entre ambos extremos, la escala de valores, conforme a la cual quiere obrar.

El progreso no es otra cosa que esta facultad del hombre de dar sentido a la vida.

Ahora bien. Todos nosotros, aun sin darnos cuenta, hablamos de progreso constantemente. ¿En qué consiste eso? Esos *progresos* a que nos referimos, ¿tienen algo que ver con el que he indicado antes?

Spencer afirmó que el progreso consiste en un avance de la homogeneidad a la heterogeneidad. Trataba de demostrar esto diciendo que así como de un germen vivo en estado primario, de contextura uniforme todo él, pueden surgir diferencias secundarias que se hacen definitivas y que a su vez dan lugar a nuevas formaciones, así ocurre con los planetas y demás manifestaciones de la vida.

«Sea en el desenvolvimiento de la Tierra, sea en el de la Vida sobre su superficie, sea en el de la Sociedad, del Gobierno, de la industria, del comercio, lengua, literatura y arte, esta misma evolución de lo más sencillo a lo más complejo es lo que se verifica por dondequiera, a través de sucesivas apariciones.»

Esta teoría, desenvolviéndose y aplicándose, ha dado lugar a la pasión de adelantar por adelantar, de hablar de progreso, sea como sea, de creer en él como en algo de esencia divina. No pretendo aquí analizar, ni refutar, las grandes equivocaciones a que ha conducido esta moda funesta, pero no quiero dejar de hacer notar que en la psicología del hombre actual la noción del progreso señala uno de los núcleos en torno al cual se condensan múltiples aspectos de ese modo de ser y pensar que podríamos llamar la modernidad.

Pero es lo curioso, que esta teoría tan de nuestros días, ha tenido predecesores muy antiguos.

Al leer a Lucrecio, este físico atomista y gran poeta, todo a la vez, hombre atormentado y lleno de contradicción, se ve que, antes que Lamarck, habló de un *tentando, experiundo*, de los intentos sucesivos por los que pasan los elementos para llegar a combinarse, hasta que se encuentren en una situación estable. Antes que Darwin, había hablado de la existencia de especies desaparecidas, por no haber sabido luchar con sus adversarios ni reproducirse y atravesar los siglos. Antes que Spencer, habla del desarrollo de los mundos parecidos al de los individuos, desarrollo que hace que los astros lleguen a la vejez y a la muerte.

No hay que olvidar, sin embargo, que son muchos los siglos que separan a Lucrecio de los evolucionistas, y que el medio científico en que se movía era muy diferente del actual.

Cuando en un autor antiguo encontramos pensamientos o sentimien-

tos similares a los nuestros, corremos el riesgo de que, emocionados ante el inesperado hallazgo, le incorporemos a nosotros, falseándolo.

Bien está Lucrecio, en su tiempo, y moviéndose entre las enseñanzas de su maestro Epicuro. El libro V de su poema está dedicado a la explicación del desarrollo del Universo y del hombre. Estudia primero los planetas, las causas de sus movimientos, la longitud de los días y de las noches. Luego nos hace presenciar el maravilloso desfile de las estaciones del año, que se convirtió en tema clásico de literatura. Se cuenta que Boticelli se inspiró en él para su *Primavera*.

«Avanza la Primavera con Venus, y ante ellas marcha el heraldo alado de la diosa, mientras que por las huellas de Céfito, su madre Flora abre el camino, que siembra de colores y deliciosos perfumes. Les sigue el árido estío, con su compañera la polvorienta Ceres, y el soplo de los aquilones etesios. Y aparece el Otoño, con él marchan Baco y Evoé. Van llegando luego otros tiempos y otros vientos tempestuosos, el Volturno, tronando por los cielos, y el Auster, poderoso con su rayo. Al fin, la estación fría trae las nieves, vuelve el invierno a adormecer y a hechar la naturaleza; detrás de él va el frío casteñeteando los dientes.»

En la marcha lenta de la evolución aparecen las plantas, luego los animales, por fin la especie humana. Aquí es donde principalmente vamos a acompañarle.

At genus humanum multo fuit illud in arvis
durius, ut decuit tellus quod dura creasset.

Dura raza, los hombres que creó la dura tierra. Vagaban por los montes, vivían como fieras: no sabían tratarse los unos con los otros. No conocían leyes morales, cada uno cogía el botín que la casualidad le ofrecía. Venus en los bosques reunía a los amantes. Con sus vigorosos miembros perseguían y cazaban a las fieras, lanzándoles piedras desde lejos, o golpeándolas con pesadas mazas. No se conocían los ejércitos, ni la marina.

Los romanos, que extendieron su imperio por tantas tierras, tuvieron aversión al mar. El hecho es que, a diferencia de los griegos, que fueron excelentes navegantes, sólo se decidió Roma a fletar navíos empujada por necesidades comerciales y políticas. Lucrecio participaba, sin duda, de esta manera de ser de sus conciudadanos, pues nos dice:

«Hic temere, in cassum, frustra mare saepe coortum
saevibat, leviterque minas ponebat inanis,
nec peterat quemquam fallacia ponti
subdola pellicere in fraudem ridentibus undis
improba navigii ratio tum caeca iacebat.»

«Sin objeto, en vano, inútilmente se levantaba enfurecido el mar y dejaba caer fácilmente sus vanas amenazas: no podía entonces engañar con la seducción mentirosa del plácido mar, o con la perfidia de las rientes olas; el arte *funesto de la navegación* yacía aún en tinieblas.»

No puede expresarse mejor la impresión penosa ante el medroso recuerdo de un naufragio, el temor ingenuo al mar, que le obliga a llamarle seductor y pérfido.

Por la necesidad de dar nombres a las cosas nació el lenguaje, «como el niño se ve precisado a designar con el dedo el objeto que desea». «Descubren los hombres el fuego. Se organiza la familia y la convivencia hace que los padres se enternezcan con las caricias de sus niños y que se suavicen sus costumbres.» De la reunión de familias nace la sociedad. Los hombres nombran reyes, inventan la *propiedad*, la *riqueza*. Más tarde son destronados los reyes y aparecen el *derecho* y la *justicia*. Surge la *creencia en los dioses*, que parece reprobable a Lucrecio por el terror que hizo nacer en las almas de los hombres.

La Arqueología prehistórica, al ordenar las épocas (partiendo de la analogía de los hallazgos, en determinados estratos de terreno), coincide en absoluto con Lucrecio. Para éste, la edad de los metales sucede a la de la piedra, la de la agricultura a la de la caza, y el florecimiento de las artes y las letras a una larga época de rudeza.

Arma antiqua manus, ungues, dentesque fuerunt
et lapides, et item silvarum fragmina rami
et flamma atque ignes, postquam sunt cognita primum.

«Las primeras armas fueron las manos,
las uñas, los dientes, así como las *piedras*,
las ramas rotas de los árboles, y luego el fuego.»

Más tarde fueron descubiertas las propiedades del hierro y del bronce.

«*Posterior ferri vis est aerisque reperta*», y el uso del bronce precedió al del hierro, más abundante y más manejable,

«*et prior aeris erat quam ferri cognitus usus
quo facilis magis est natura, et copia maior.*»

Aprenden los hombres a cultivar las tierras, a tejer—pues antes de este descubrimiento se vestían de pieles cosidas—, inventan la música, la escritura, la poesía.

«Ya torres sólidas aseguraban la existencia de los hombres, ya la tierra cultivada estaba dividida y limitada, ya el mar florecía con ligeras naves. Se aseguraban alianzas mediante tratados, cuando los poetas empezaron a cantar las gestas.»

Seguimos así, paso a paso, la exposición que hace Lucrecio del progreso humano, pues, según nos dice: «los hombres velan aclararse una tras otra las ideas de su alma, hasta que se vieron en la cima de la perfección». Este progreso, lo hicieron los hombres, dice Lucrecio, y tiene tres causas principales:

- 1.º La necesidad, que él llama *usus*, que nos hace tantear y buscar por todas partes.
- 2.º La experiencia, «*experientia*», que acumula a través de los tiempos los resultados de estos intentos.
- 3.º La razón, «*ratio*», que trabaja constantemente, combinando las enseñanzas de la necesidad y la experiencia.

¿No vemos la obra de Lucrecio, repleta de estupendas intuiciones? ¿Sabemos con certeza mucho más de lo que él nos enseña? Pero sigámosle hasta el final.

Lucrecio cree en el fin del mundo. Esos paisajes que nos describe con pinceladas deliciosas se borrarán; esos planetas cuya constitución nos relata tan prolijamente se desintegrarán. Para él, los átomos se reúnen, forman los astros y las cosas que vemos, y luego, poco a poco, por disgregación se deshace todo.

Los hombres no están satisfechos mientras viven, y tienen, sin embargo, el ansia de la paz y de la felicidad. Todos vivimos en la evidencia de que hubo o habrá un tiempo en que la dicha reinó o ha de reinar en la Humanidad; y discutimos si en el pasado se cumplió este anhelo nuestro o si, por el contrario, se realizará en el futuro. Las religiones, en general, sostienen que el hombre tuvo en el pasado la ple-

nitud de sus facultades. Las teorías que hacen caso omiso de la religión recurren a la hipótesis de un caos primitivo que se organiza poco a poco. Unos creen que Dios creó al hombre perfecto y que luego cayó, otros piensan que el hombre tiende a hacerse cada vez mejor, que progresa constantemente.

El libro quinto de *De rerum natura* es un intento de destruir las fábulas que corrían sobre la Edad de Oro, de refutar a los poetas y filósofos. En realidad, Lucrecio nos da una idea bien triste del mundo. Para él no hay Edad de Oro. El universo envejece y se destruirá.

«He aquí que ya nuestra época ha perdido sus fuerzas, y la tierra, cansada de engendrar, apenas puede crear animales pequeños, ella que los creó de todas clases, y dió a luz fieras de cuerpos gigantescos. Ya el labrador, cargado de años, suspira sin cesar, pensando que todo su trabajo ha sido estéril; y cuando compara al presente el pasado, envidia la suerte de su padre. El plantador de una vida hoy vieja y agostada maldice tristemente la acción del tiempo, increpa con quejas a su época, diciendo que los hombres antiguos llevaban una vida fácil con un pequeño terreno, sin darse cuenta de que todo parece paulatinamente y va hacia la muerte, cansadas las cosas, por lo largo que es el camino de la vida.»

ألف ليلة و ليلة

(LAS MIL Y UNA NOCHES)

POR

ANTONIO MATILLA

El «Alif layla wa layla», como llaman los musulmanes a *Las mil y una noches*, es un cuento de cuentos, un magnífico mosaico oriental, hecho con piedrecitas de los más diversos colores y procedencias, pero enmarcadas todas en una misma ficción.

Un rey indio tiene la salvaje manía de matar diariamente a la mujer con la cual ha pasado la noche. Zahrazada, la hija del visir, se vale de un subterfugio para no perder la vida. Durante su estancia con el rey, nárrale una historia que queda sin acabar; el monarca, acuciado por el deseo de conocer el fin de aquellas maravillosas aventuras, retarda la muerte de Zahrazada, y la ordena volver la siguiente noche. La hija del visir termina de contar su primera historia y comienza otra, que tampoco concluye. Las escenas se repiten durante mil y una noches, al cabo de las cuales Zahrazada da a luz. Entonces el rey la perdona y la hace su esposa.

Los que han estudiado el origen de esta colección discrepan hondamente en las soluciones que dan a este problema. Mientras unos, como Silvestre de Sacy, creen que no hay en ella nada que no pueda pasar por musulmán—ya sea siriaco o persa, ya se halle en los tiempos preislámicos—, otros, como Schlegel, afirman que su origen remoto está en la India y que es más antigua que lo que la suponían los eruditos anteriores.

Parecen apoyar esta última hipótesis las semejanzas de construcción y contenido que presenta el texto árabe con otros libros persas e indios, el empleo de antiguos nombres persas y de circunstancias e instituciones ajenas al Islam, y, sobre todo, el testimonio—aunque De Sacy lo crea apócrifo—que nos da ya en el siglo X el árabe Almasudi. Dice este autor en sus *Prados de oro*, y a propósito de una descripción del Paraíso Terrenal:

«Muchos autores ponen en duda esta y otras cosas semejantes que se hallan consignadas en las historias de los árabes, y principalmente en la que compuso Ubayda ibn Xariya, y trata de los sucesos de tiempos pasados y descendencia de las naciones. El libro de Ubayda es muy común y se halla en manos de todos; pero la gente instruida pone esta y otras relaciones del mismo género en el número de esos cuentos e historietas inventados por astutos cortesanos con el solo fin de divertir a los príncipes en sus momentos de ocio y procurarse por este medio el acceso a su persona. Pretenden, en efecto, que el dicho libro no merece crédito alguno, pues pertenece a cierta clase de obras traducidas del persa, indio y griego, como son el *Hezar Efsaneh* o *Mil cuentos*, más conocidos con el título de *Las mil y una noches*, y son la historia y la aventura de un rey de la India y de su visir y de la hija del visir llamada Xeheryada, y de una nodriza de ésta, por nombre Duniyazada. A la misma clase pertenece la historia de Gilkand y Ximás, la del rey de la India y sus diez visires, las peregrinaciones y viajes, Sindbad el marino y otros.»

Contra lo que insinúa este texto, Menéndez y Pelayo no cree a los musulmanes de aquella época capaces de traducir esta obra del sánscrito. Juzga más verosímil una traducción hecha del persa, dado que, por su mayor proximidad, fueron más frecuentes las relaciones de los árabes con la Persia que con la India.

En una palabra, la opinión que más ha prevalecido, y la única que hoy se sustenta, es que el *Hezar Efsaneh* debió traducirse por el siglo X del persa al árabe. Y es lo más probable que el libro persa procediese a su vez de la India, de donde pudo venir juntamente con el *Calila y Dimna*, el *Sendebat* y otras colecciones que se importaron a Persia en tiempos de Cosroes I (siglo VI).

La diferencia de número que existe entre el título de la obra persa, *Hezar Efsaneh* (*Mil cuentos*) y el de la musulmana, *Mil y una noches*,

no resta autoridad a esta hipótesis, si se tiene presente que los árabes solían sentir cierta antipatía por los números redondos.

Los cuentos del *Alif layla wa layla* fueron compilados en el Cairo a fines del siglo XV o principios del XVI, durante el gobierno de los últimos Mamelucos. Tal como hoy circula esta colección, posee elementos indopersas, de Bagdad, del Cairo—especialmente judíos—, de influencia clásica... y aun de Goeje piensa que la idea madre procede del libro bíblico de Esther.

Pero lo que más nos interesa es la influencia que estos cuentos hayan podido ejercer en nuestra literatura. Y esto nos plantea el siguiente problema: ¿Circularon por España las *Mil y una noches* antes de que fuesen traducidas por el francés Galland en el siglo XVIII?

Hasta hace poco se repetía con insistencia que no había circulado tal colección. Si algunos cuentos de ella se hallaban en el folklore popular, se debió, sin duda, a encontrarse también en otras colecciones, que fueron traducidas al español principalmente en tiempos de Alfonso X el Sabio.

Menéndez y Pelayo admite ya como de segura procedencia de las *Mil y una noches* el cuento de *La doncella Teodor*, y advierte el parentesco que el *Caballo Mágico* guarda con la novela caballeresca *Clemades y Claramunda*, y el de *Qamar Az-Zamán y la princesa Badura*, con la novela de *Pierres de Provenza y la linda Magalona*. Pero opina que estos temas fueron importados por las Cruzadas.

Según el señor González Palencia, se puede afirmar, hoy por hoy, que las *Mil y una noches* fueron conocidas en España antes del siglo XVII. Cree procedente de ellas, además de las obras que menciona Menéndez y Pelayo, *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca; el *Libre de les besties*, de Raimundo Lulio; el *Milagro XXIII*, de Berceo; *El viejo celoso*, entremés de Cervantes; el *Retablo de las Maravillas*, repetido por don Juan Manuel, Cervantes y Quiñones de Benavente; cuentos en aljamiado, como *El alcázar de oro*, *La ciudad de latón*, *Temin Addar*, etc., y hasta el *Caballero Cifar* (viajero?).

BIBLIOGRAFIA

Encyclopedie de L'Islam, artículo «Alf lalla wa-laila».

MENÉNDEZ Y PELAYO: *Los orígenes de la Novela*, tomo I.

GONZÁLEZ PALENCIA: *Historia de la Literatura Árabe-española* (Colección Labor).

Bosquejo biográfico de Maquiavelo⁽¹⁾

POR

GREGORIO MARAÑÓN MOYA

En todo hombre hay algo que aprender. Y en eso, yo soy su discípulo.—EMERSON.

Nicolás Bernardo de Maquiavelo—Machiavelli—nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Sobre si su origen era o no noble han discutido largamente los historiadores (Nitti, Tommasini y Mariani especialmente), sin haber llegado todavía a un acuerdo. No nos preocupa mucho este detalle de su pasado familiar. Sólo diremos que su padre, Bernardo, ejercía la profesión de abogado en Florencia, era hombre tranquilo, regularmente culto y de no excesiva inteligencia, que no se preocupó demasiado de su hijo, muriendo además cuando Nicolás contaba sólo diez y seis años. En cambio, su madre, Bartolomea de Nelli, parece que estaba dotada de un extraordinario talento. Fué amiga de muchos de los artistas que tanto abundaban por aquella época en Florencia, y era ella misma muy aficionada a componer versos. Fué, en suma, una mujer fuera de lo común, de la que Maquiavelo heredó sus más altas cualidades intelectuales, hecho tantas veces repetido a través de la Historia y que puede resumirse en esta frase de Marañón: «La grandeza de los hombres suele nutrirse casi siempre de la vena materna».

Fué Nicolás un niño extremadamente travieso, cuya presencia infundía verdadero terror en todas las casas del barrio. Travieso, es decir, vivo, despejado, inteligente. Clasifiquemos a los niños en orden de menor a mayor jerarquía en malos, buenos y traviesos. Prescindamos

(1) Al reanudar nuestra publicación en el curso próximo—1935-1936—publicaremos la segunda parte de este trabajo: «Comentarios a *El Príncipe*».

de los primeros, los cuales, desde sus primeros años obran ya impulsados por sentimientos subconscientes de maldad. Son los que más tarde harán sufrir a los demás, por envidia si fracasan en la vida o por inmotivado deseo de venganza si, como tantas veces ocurre, triunfan en ella. Los niños buenos no sienten más deseo vital que el de cumplir con la obligación. Para ellos, vivir es evitarse rozamientos. Está bien. Aunque en realidad sólo sirven para ser tomados como ejemplo por los padres de los niños traviesos. Estos, por último, son buenos, pero, además, tienen ingenio, y el ingenio, para existir, requiere la expansión de su maravilloso poder inventivo. Y así, el niño travieso no podría vivir limitándose a comer, dormir, jugar sin romper nada, llegar sin retraso a la escuela y saberse todos los días las lecciones. Necesita además, y lo necesita como el pulmón el oxígeno, cantar, reír y llorar, y sobre todo inventar, y para inventar hay antes que romper y transformar. Son niños que estudian poco, pero aprenden mucho. Que faltan quizá a obligaciones oficiales para cumplir con deberes más elevados. A ellos, en fin, les regañan los padres por razón de inevitable disciplina, pero siempre a contrapelo y con un ávido deseo de perdonar antes de que el castigo se cumpla.

Niño travieso fué, pues, Maquiavelo; y en sus travesuras y andanzas infantiles se podía adivinar ya la sutileza de su espíritu y el portentoso afán creador de su imaginación.

Nada o casi nada se sabe de él durante esos años tan críticos, tan agudos y tan delicados para quien sabe vivirlos y pensarlos, en los cuales el adolescente, girando sobre sí mismo, vuelve definitivamente las espaldas a la infancia y enfoca el espectáculo de la vida comenzando a palpar con inefable emoción los contornos verdaderos del mundo.

Más adelante le encontramos trabajando al lado de Marcelo Virgilio, hombre sabio y extraordinariamente erudito, que alcanzará la jefatura de la cancillería de la República. Virgilio será su maestro. Son sus años de estudio sistemático, de ávidas lecturas y de observación y meditación de todo lo que contempla a su alrededor. Gaspary nos cuenta que «recibió aquella educación humanista que en su tiempo se daba a los jóvenes. Mas no fué un erudito. No sabía una palabra de griego. Fué la experiencia de la vida de donde el pensamiento de Maquiavelo sacó su mayor originalidad».

A los veintinueve años, preparado y ayudado por su maestro, y

como justo premio a tantas horas de trabajo, gana en reñida lucha contra otros cuatro concursantes las oposiciones de jefe de la segunda Cancillería de los señores.

Por aquellos años Florencia era una ciudad libre, culta y próspera, que había llegado a ser, bajo Lorenzo el Magnífico, uno de los centros de riqueza y de intelectualidad, convirtiéndose en uno de los primeros focos que irradiaron al mundo la nueva luz del Renacimiento. El cuadro de las potencias de Italia se había simplificado enormemente. En lugar de una confusión de grandes y pequeñas ciudades, de soberanías particulares, contemplamos un sistema firme de tres potencias: Milán, Venecia y Florencia, y junto a ellas, Siena, Pisa, Mantua y Ferrara como ciudades libres. El resto de las comarcas, desde la desembocadura del Po hasta las fronteras del reino de Nápoles, eran Estados de la Iglesia. En cuanto a Europa, Inglaterra, España y Francia eran las tres grandes potencias de Occidente. Francia se lanzó a la conquista de Nápoles y Milán. Mas la invasión fué rechazada, pues contra ella se coaligaron el Rey Fernando de Aragón, el Papa Julio II, sostenido por los suizos, y el Emperador, y una unión de los Estados italianos.

Esta era, a grandes rasgos, la escena política en el momento en que Maquiavelo sube a ella para actuar. Desde la Cancillería, que ocupará catorce años y medio, no descansará un instante. Relatar minuciosamente sus embajadas, tan bien descritas por Charles Benoist, Iriarte, González-Blanco y otros, sería faena interminable. Realizó veintitrés legaciones cerca del señor del Piombino, César Borgia, Luis XII, Julio II, Maximiliano, Condesa Sforzia, etc. Y en este incesante caminar por el mundo, de corte en corte, Maquiavelo observó con su fina y penetrante intuición todo el panorama social, político e histórico de su época. Pues, como dice León Daudet: *«Cet homme avait apporté en naissant le savoir le plus difficile: celui des rapports entre les hommes, puis des rapports entre les citoyens et l'Etat et enfin des rapports entre les Etats»*.

En las temporadas en que vivía en Florencia, concluida felizmente una embajada y en espera de otra, trabajaba en la Cancillería y empleaba los ratos de ocio en escribir sus *«Legazioni e Commissioni»*, especie de diario de sus viajes, en el que relata prolijamente sus gestiones diplomáticas. En uno de estos paréntesis de descanso en su actuación, se casó con Marietta Corsini, naciendo de este matrimonio cinco hi-

jos. Pero nunca le preocupó gran cosa—y en esto se parecía a su padre—su mujer y sus hijos. El capítulo familiar es en todas sus biografías sumamente reducido, y en algunas incluso no existe. Y es que Maquiavelo, como casi todos los grandes políticos, no sentía la vida en familia, que es vida de interior, de intimidad. El político está todo él entregado a la vida de la calle, a la vida pública, que se realiza sin secretos y sin pudor de sentimientos, a la vista de todo el mundo.

Llegamos a 1512. Los Médicis, después de laboriosas intrigas, han conseguido la ayuda de la Santa Liga, y juntos recobran de nuevo Florencia. Maquiavelo es depuesto de su cargo, y por de pronto encarcelado. En la cárcel se dedica a escribir, y entonces ocurre algo que ya le había acontecido a otro compatriota suyo, Marco Polo: que con sus escritos entusiasma de tal modo a sus enemigos, que de carceleros políticos se convierten en sus principales clientes literarios. León X le encarga una reforma administrativa de Florencia y escribe su *Discurso sopra il riformare lo stato di Firenze fatto ad istanza di papa Leone X*. Por su parte, Clemente VII le manda escribir la historia de la ciudad y publica una *Storie Fiorentine* en ocho tomos.

Mas he aquí que un buen día los Médicis hacen abortar una conspiración que en la misma Florencia se estaba tramando contra León X, y aunque ni de palabra ni de obra había prueba alguna contra Maquiavelo, es de nuevo encarcelado. Pero esta vez la cosa es más grave y no se detiene en el calabozo. Es cruelmente torturado, y finalmente desterrado indefinidamente de Florencia.

Maltrecho el cuerpo y dolorida el alma, sale de su ciudad querida y se establece a unas tres leguas de ella, en San Casiano. Los primeros días son terribles, angustiosos. La inacción le consume; el ostracismo es más cruel aún que la tortura a que le sometió la maldad y la injusticia humanas. Nos acordamos de aquellas palabras de otro político español, esta vez también perseguido y centrifugado de la vida pública, Jovellanos, que desde su encierro escribía: «El hombre avezado a trabajar por el público desfallece y se deshace en la inacción...»

Pero poco a poco la serenidad va adueñándose de él, y en la tranquilidad y la paz del campo va a encontrar la inspiración que le dictará sus dos mejores libros, sus dos obras inmortales: *Los Discursos* y *El Príncipe*. Son los años más fecundos para el pensador y el escritor;

son sus años de plenitud mental, en los cuales su inteligencia, esa inteligencia que tanto admiraba lord Macaulay, alcanza su más alto grado.

Por una carta que escribió a su amigo Francisco Vettori, embajador en Roma, sabemos cómo vivía. Por la mañana paseaba por el campo, buscando de preferencia las fuentes. Se sentaba y leía a Petrarca, a Dante. Almorzaba frugalmente y pasaba las primeras horas de la tarde en la posada. Allí, en el ir y venir incesante de viajeros—comerciantes, artistas, soldados—, se ponía durante unas horas en contacto con las corrientes del mundo. Volvía al atardecer a su casa, y ya, hasta altas horas de la noche, se metía en su cuarto de estudio y escribía. Antes de entrar en su despacho, realizaba una original liturgia, digna de ser notada entre los detalles de su vida. Se bañaba, se perfumaba y se vestía regias vestiduras. Y es que Maquiavelo, como Goethe, como tantos hombres de excepción, consideraba su obra como un sagrario, el recinto donde la producía como un templo y como un sacerdocio su propia misión.

En 1527, los Médicis se derrumban una vez más y Florencia vuelve a convertirse en República bajo la presidencia de Capponi. Maquiavelo, todo ilusión y voluntad de trabajo, regresa a su ciudad, que lo recibe no con los brazos abiertos, sino con indiferencia y con desdén. El Gobierno, compuesto por los demócratas, le acusa de versatilidad, le echa en cara los favores que ha recibido de los Médicis y rechaza sus servicios. Cruel decepción. Maquiavelo ha llevado con paciencia su larga y penosa cruz; pero esto es ya la crucifixión. No lo resiste. La amargura y el dolor de ingratitud, que es el dolor que más duele, aceleran su muerte, y desesperando de su suerte y de la suerte de su patria, muere en la más completa miseria el 22 de junio de 1527, rodeado del patético olvido de sus conciudadanos. Tenía cincuenta y ocho años.

De Nicolás Maquiavelo han quedado algunos bustos que le esculpieron artistas más o menos famosos de su tiempo. Sin embargo, hay mucha inseguridad respecto a la autenticidad de la mayor parte de ellos. Casi todos sus biógrafos están de acuerdo en que el único busto para el cual Maquiavelo posó ante el artista es el de Bartolini. Vemos que era flaco; tenía el pelo liso y lacio; la frente, grande y despejada. Ojos pequeños y profundos. Nariz aguileña. Belfo. Las facciones todas de su cara debían ser parecidas a las de aquel Casio, del que Julio Cé-

sar—según nos cuenta Shakespeare—decía a su amigo Antonio: «He allí a Casio, con su figura extenuada y hambrienta. Piensa demasiado. Semejantes hombres son peligrosos. Le quisiera más grueso. Lee mucho, es un gran observador y penetra admirablemente en los motivos de las cosas humanas. No es amigo de espectáculos ni oye música. Rara vez sonríe, y cuando lo hace es de manera que parece mofarse de sí mismo y desdeñar su humor, que pudo impulsarle a sonreír a cosa alguna...»

La música de Juan Sebastián Bach

POR

DARÍO FERNÁNDEZ FLÓREZ

I

EL PERFIL DEL SIGLO XVIII

1747. Un hombre toca el órgano en las iglesias de Potsdam. Un rey, filósofo y flautista, le escucha y admira. Juan Sebastián Bach, de la familia Bach—que ha producido ciento veinte músicos—, ha sido llamado por Federico el Grande, tercer rey de Prusia, que desea escuchar al maestro aprovechando la breve paz que disfruta su reino.

1747. Siglo XVIII. No hay que olvidarlo. Para tratar de entender algo en la Historia es necesario, ante todo, fijarlo en la época, sin escatimar objetividad en el esfuerzo. Porque la época es como el bajo tenido, el pedal continuo sobre el que se desarrolla la melodía de los hechos históricos.

Siglo XVIII. Del César escandinavo al César francés. De las brumas del Báltico a la claridad del Mediterráneo. De Carlos XII a Napoleón.

Nace el siglo con la guerra del Norte (1700), y, apenas nacido, surge la guerra de la Sucesión de España (1701-1714). El avance sueco en el Imperio parece que va a unir las dos guerras en una sola. Europa entera combate enloquecida. Puede decirse que es el momento de la primer guerra europea.

El siglo, como todos, está lleno de guerras, de nombres, de ideas. Guillermo III de Orange, protagonista de la «revolución gloriosa», hábil rey de Inglaterra (1689-1702); Luis XIV, el rey Sol, modelo de mo-

marca absoluto (1643-1715); Carlos XII (1697-1718), el joven rey sueco, ambicioso de gloria sólo por la gloria, audaz general y torpe político; Pedro I el Grande (1689-1725), zar extraño, lleno de grandes virtudes y de grandes defectos, que consigue incluir al Imperio moscovita en el concierto europeo; Felipe V (1700-1746), y el establecimiento de los Borbones en España, señalan el triunfo definitivo de Francia en aquella larga lucha entre los Valois-Borbón y los Habsburgo, iniciada por Francisco I y Carlos V; Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, Federico II el Grande (1740-1786), reyes que elevan a Prusia al rango de gran potencia; Augusto II el Fuerte, elector de Sajonia y rey de Polonia, tirano vicioso y cruel; Luis XV (1715-1774), rey cínico e inconsciente a la vez, gobernado por sus queridas; María Teresa de Austria (1740-1786), simpática y femenina, a pesar de la tenaz energía que emplea para defender su trono en la guerra de la Sucesión Austriaca (1740-1748), y en la lucha contra Federico de Prusia en la guerra de los Siete Años (1756-1763); José II (1765-1790), su hijo, el emperador que promulga en 1783 el «edicto de tolerancia» religiosa y que admira a Federico el Grande, a pesar de la creciente rivalidad austroprusiana; Clemente XIV y la supresión de la Compañía de Jesús (1773), Catalina II de Rusia (1762-1796), amiga de Voltaire, de Diderot, de D'Alembert, hábil emperatriz, aunque caprichosa mujer, y verdadera continuadora de la política europea de Pedro I; en Inglaterra, donde más que a los reyes hay que citar a los ministros, la política guerrera de los dos Pitt, frente a la pacifista de Walpole, acaba por deshacer, en los comienzos del siglo siguiente, el Imperio napoleónico; Franklin (1706-1790), Washington (1732-1799), guerra de la independencia de las colonias inglesas en la América del Norte (1775-1783), Luis XVI (1774-1793), Mirabeau (1749-1791), revolución francesa, Bonaparte primer cónsul (1799)...

Siglo XVIII. Como todos, agitado por nuevas ideas. Locke (1632-1704), comienzo de la Ilustración en Inglaterra; Leibnitz (1646-1716), Newton (1643-1727), los adelantos inverosímiles de la física y de la matemática comienzan a producir vértigo entre las gentes de la época; Hume (1711-1776); Adam-Smith (1723-1790), padre de la economía política; Wolff (1679-1754), Montesquieu (1689-1755), Voltaire (1694-1778), Rousseau (1712-1778), D'Alembert (1717-1783), Diderot (1713-1784), la Enciclopedia, Turgot (1727-1781) y las nuevas ideas económi-

cas; Gottsched (1700-1766), Winckelmann (1717-1768), Lessing (1729-1781), Klopstock (1724-1803), Herder (1744-1803), Kant (1724-1804), Goethe (1749-1832), Schiller (1759-1805)...

Siglo XVIII. Juan Sebastián Bach toca el órgano en las iglesias de Potsdam. 1747. Hay que concretar más: primera mitad del siglo. Es decir, final del barroco y desarrollo de la Ilustración. A la orgullosa frase de Luis XIV, «el Estado soy yo», ha sucedido la habilísima de Federico II «el príncipe es el primer servidor del Estado», representación exacta del absolutismo ilustrado; «todo por el pueblo pero sin el pueblo». A la superabundancia embriagadora del barroco sucede un profundo sentimiento de cansancio. El hombre se entrega a una vida sencilla, restauradora, y vuelve la mirada hacia sí mismo. Para el «ilustrado», el centro de toda meditación es el hombre y su felicidad. Y se produce un sentimiento de optimismo que hace decir a Leibnitz, en los comienzos del siglo: «El mundo actual es el mejor de todos». Para el gran filósofo alemán y para su discípulo Wolff, el mayor interés se encuentra en el individuo, y su felicidad depende de su perfección, es decir, de la ilustración de su entendimiento.

La fe combativa del siglo XVII se ha transformado en una religión natural basada en la virtud, la honradez. Se lucha contra la intolerancia, contra el fanatismo y los prejuicios. Se cree en Dios y en la inmortalidad, pero se cree con la razón. Después de Locke, verdadero padre espiritual de la Ilustración, los deístas ingleses sostienen la existencia de un Dios personal, que creó el mundo, pero que luego *lo abandonó a su curso regular sin intervenir en él por medio del milagro* (1).

Inglaterra, cuna de la Ilustración, domina el pensamiento europeo del siglo; pero la Europa culta emplea el francés como idioma internacional. Federico II de Prusia no hablaba ni escribía correctamente el alemán, pero componía medianos versos en francés y hospedaba a Voltaire en su palacio de Sans Souci. El sentimiento alemán despierta, sin embargo. Pide que la ciencia se explique en alemán y no en latín, y triunfa en las obras de Klopstock y de Lessing y en la unión de la antigüedad al clasicismo germano realizada por Winckelmann con sus estudios sobre la historia del arte. Versalles es todavía el modelo para las cortes europeas, pero la coleta de los soldados prusianos de Fede-

(1) A. Messer: *La Filosofía Moderna*, pág. 142.

rico comienza a propagarse y acabará por sustituir a la peluca de rizos.

1747. Juan Sebastián Bach toca, para Federico II, el órgano en las iglesias de Potsdam. 1747. Vico ha aceptado ya una ley natural universal de la evolución de la vida. El judío Süs Oppenheimer ha sido ahorcado dentro de una jaula. Federico ha prohibido, el tercer día de su reinado, el empleo de la tortura en los interrogatorios. Montesquieu va a publicar (1748) el *Espíritu de las Leyes*; los fisiócratas predicán el principio económico *Laissez faire, laissez passer*, y todavía en 1749 será quemada solemnemente en el obispado y principado de Warzburgo la monja Maria Renata Singer, acusada de hechicería. Primera mitad del siglo XVIII. No hay que olvidarlo. Porque para comprender lo ajeno que era Bach a su época hay que recordarla, como un acompañamiento continuo, un acompañamiento continuo que desafina.

II

LA VIDA DE BACH

No vamos a escribir aquí una biografía de J. S. Bach. Nuestro esfuerzo intenta llegar a comprender la significación histórica de su música. Para ello, necesariamente, hemos partido de una visión de conjunto de la época. Ahora, describiendo círculos concéntricos, cada vez más ceñidos, en torno a la figura del llamado «padre de la música», hemos de intentar conseguir nuestro objeto.

Ante todo unas breves líneas sobre su vida.

Familia de músicos, los Bach se movían en Sajonia, especialmente en Turingia, que era para ellos un verdadero feudo musical, ganado por sus méritos. Gotha, Erfurt, Eisenach, Arnstadt, Weimar, Halle, Leipzig, son nombres de ciudades que se repiten en la historia de la familia.

Veit Bach, tatarabuelo de Juan Sebastián, era molinero, pero aficionado ya a la música. Tocaba la cítara en su molino, recuerdo que hacía decir a su ilustre descendiente: «¡Admirable concierto! Pero así aprendió, escuchando el ruido acompasado de la muela del molino, a guardar con rigor la medida.» Desde este molinero melómano, las generaciones sucesivas de los Bach son generaciones de músicos, tanto



Ejecución de una cantata en Leipzig. (Siglo XVIII).



Federico II, el rey flautista.

que en Turingia, su patronímico se sustantivó y ya no se decía «un músico», sino «un Bach».

Johann Sebastián nació el 21 de marzo de 1685 (1) en Eisenach, donde su padre, Ambrosius Bach, ocupaba el cargo de músico de la municipalidad. Ambrosius le enseñó a tocar el violín, pero murió la madre cuando J. Sebastián tenía nueve años, y la educación del niño fue confiada a su hermano mayor, Johann Christoph, organista de Ohrdruff, en cuyo colegio estudió humanidades, pasando después (1700) a Lünebourg como cantor de maitines.

Obtiene el primer empleo a los diez y ocho años (1703), como violinista, en la capilla privada del príncipe Johann-Ernst de Sajonia Weimar, siendo nombrado, meses después, organista de Arnstadt, desde donde hace su famoso viaje a Lübeck para escuchar al entonces célebre organista Buxtehude. Gana Bach en 1707 el cargo de organista en Mühlhausen, y se casa con su prima María Bárbara, hija de Michael Bach, otro organista de la familia, de la que tuvo ocho hijos, dos de los cuales, Friedemann y Philipp Emanuel, fueron célebres (2).

Dimite su cargo y pasa como organista y primer violín—*Konzertmeister*—a la corte del Duque de Weimar, donde se perfecciona en el contrapunto gracias a su amistad con su pariente Johann Walther, autor del *Musikalisches Lexicon*. Abandona Weimar en 1717 y acepta el cargo de maestro de capilla del príncipe de Anhalt Köthen, donde se dedica a la música instrumental profana. En 1720 acompaña al príncipe Leopoldo al balneario de Karlsbad. Cuando regresa a Köthen encuentra ya enterrada a su esposa, golpe terrible que deshace su hogar, íntimo y feliz.

Rodeado de hijos pequeños, viudo a los treinta y cinco años, Bach siente la necesidad de casarse y contrae nuevo matrimonio, año y medio después de la muerte de su primera esposa, con Ana Magdalena Wülken, también hija de un músico, de la que tiene catorce hijos.

Sintiendo mucho la música y poseyendo una bonita voz, la nueva esposa revive y aumenta la felicidad en el hogar del gran maestro ale-

(1) Este año, no sólo Alemania, sino todo el mundo, ha celebrado con fiestas musicales el CCL aniversario de su nacimiento.

(2) La Orquesta Filarmónica de Madrid, dirigida por el maestro Pérez Casas, ejecutó últimamente—16 de abril de 1935—, en el teatro Español, el *Concierto en re menor* de Philipp Emanuel Bach.

mán. Poco después de su matrimonio vaca el cargo de *Kantor* en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig, y Bach, después de vencer, como siempre, en la prueba, lo obtiene el 5 de marzo de 1723. Tenía entonces treinta y ocho años y había de conservar su puesto hasta su muerte, ocurrida en la noche del 28 de julio de 1750, a la edad de sesenta y cinco años.

En su vida figura, como único acontecimiento brillante, el viaje que hizo a Potsdam en el año 1747, por invitación de Federico el Grande. Recibido con entusiasmo por el rey flautista, tocó en Sans Souci en los quince *piano fortes*, instrumentos nuevos entonces, que había coleccionado Federico, quien dió a Bach un tema de fuga, sobre el cual el maestro debía improvisar. Y las manos de Juan Sebastián se posaron sobre las teclas de todos los órganos de Potsdam antes de regresar a Leipzig, aquel año de 1747, en el que Prusia gozaba de la paz de Dresde (1745), antes de estar a punto de ser barrida del mapa de las naciones europeas en aquella terrible guerra de los Siete Años (1756-1763), que mostró al mundo el genio militar y político del gran Federico.

III

PERIODOS ESENCIALES EN LA HISTORIA DE LA MUSICA

En la historia de la música pueden distinguirse cinco grandes periodos:

1.º ANTIGÜEDAD. Monofonía vocal e instrumental, es decir, unísono absoluto (hasta el siglo X).

2.º EDAD MEDIA. Aparición de la polifonía. Multiplicidad de voces ligadas a una principal; ejecución del mismo texto por varias voces al mismo tiempo y sílaba por sílaba. En el siglo XIII, emancipación del dominio del ritmo del lenguaje en motetes a varias voces.

3.º RENACIMIENTO. Estilo contrapuntístico (1), primero como acompañamiento instrumental del canto a una voz; después como música vocal imitativa a *capella*.

(1) «*Nota contra notam, punctus contra punctum*». El contrapunto no conoce, como la armonía, los acordes. La combinación de las notas, «*nota contra nota*», es su esencia y su fin.

4.º EPOCA DEL BAJO CIFRADO (1), 1600-1750. Retroceso al solo de canto acompañado; voz solista, con un acompañamiento (2), sólo parcialmente elaborado, cuyo total desarrollo se dejaba a la improvisación.

5.º TIEMPOS MODERNOS. Abandono del bajo cifrado. Aumento de la fuerza expresiva de la música por el empleo libre de todos los medios hallados en los diversos estilos de épocas anteriores. Florecimiento de la música instrumental y del *lied*. La ópera como drama musical (3).

Considerando la música desde un punto de vista arquitectónico, podemos señalar tres periodos:

1.º Monodía, canto desnudo.

2.º Armonía, canto acompañado sostenido por acordes, pero sin perderse en ellos. Y

3.º Polifonía, en la que todas las voces son iguales y enriquecen la trama musical con sus infinitas combinaciones. La fuga, especialidad de Bach, representa la máxima dificultad polifónica.

Situemos ahora, después de estos breves trazos generales, la música de Bach en la historia de la música, para fijarla después en la época, en el momento histórico—es decir, en la Historia—, intento de nuestro trabajo.

IV

LA OBRA DE BACH

En una carta escrita por Bach al Consejo de la villa de Mülhausen, explicando las causas de su partida, se encuentra la siguiente frase: «He tenido siempre el pensamiento de hacer progresar la música».

(1) Propiamente, el bajo cifrado es una especie de tabulatura con cifras.

(2) Monodía, o melodía acompañada, estilo que en realidad había aparecido en el periodo anterior (siglos XIV-XV), pero cuya rehabilitación se debe a una curiosa Sociedad «virtuosísima camerata» de hombres cultos, mecenas y músicos, que se reunía en Florencia hacia el 1600. Influidos por la música griega antigua, reconocieron la melodía única como la realización del pensamiento musical. Entre estos verdaderos creadores de la ópera, del oratorio, y, en realidad, de toda la música moderna, puede decirse que la figura principal era el músico Vincenzo GALILEI, padre de GALILEO GALILEI, el célebre matemático, físico y astrónomo.

(3) Véase la *Historia de la Música*, de Hugo Riemann, páginas 8 y 9 (Colección Labor).

sica de iglesia, para la mayor gloria de Dios, pero hasta ahora no he podido hacerlo sin oposición». Con este fin religioso compuso cinco ciclos de cantatas para los domingos del año, que formaban un conjunto de 295 obras, a las que hay que añadir las comprendidas en el *Oratorio de Noel* y las famosas *Pasiones*, que son, en realidad, cantatas amplificadas (1).

Probablemente Bach es el más fecundo de los compositores. Buen alemán: veintidós hijos tuvo de sus dos mujeres. Las obras, innumerables, muchas de ellas perdidas. Compuso, además de las ya citadas, cinco *Misas*, pues fué nombrado músico de la corte de Sajonia en 1736 por el duque Augusto II el Fuerte, católico rey de Polonia, entre las cuales la *Misa en si menor* es una obra gigantesca. Motetes, corales, *toccatas*, fugas, *concertos*, *suites*, dúos, tríos, el célebre *Wohlfemperiertes Klavier* («El clave bien templado»), conjunto de preludios y de fugas para clave, sonatas para violín solo (2), etc.

La cantata religiosa es una forma musical esencialmente alemana, que, aunque anterior a Bach, no llegó a desenvolverse hasta que el gran músico la incorporó a las ceremonias del culto luterano, y que después de su muerte cayó en desuso. Derivada del motete, se desarrollaba con más amplitud que éste, sobre un coral. *El coral, tal como fué instituido por Lutero, es siempre la base, más o menos escondida, de la música de Bach* (3).

Las composiciones para órgano de Bach se componen, generalmente, de dos partes: Preludio—llamado a veces «Fantasia» o «Toccat»—y fuga (4). Esencia del contrapunto, la fuga es una composición que se desarrolla, sometida a ciertos cánones, sobre un tema inicial, al que

(1) Se cantaban en los días de la Semana Santa. La *Pasión según San Juan*, de Bach, dura dos horas, y la *Pasión según San Mateo*, del mismo compositor, cinco. Esta última es una verdadera catedral de sonidos, pero la primera es más impresionante.

(2) Los grandes violinistas suelen lucir su técnica en estas difíciles sonatas, en las que el violín, solo, se transforma en un verdadero instrumento polifónico, miniatura de órgano.

(3) La grandiosa *Cantata de la Reforma*, que conmemoró en 1730 el segundo centenario de la Confesión de Augsburgo, se desarrolla sobre el coral de Lutero *Ein feste Burg ist unser Gott*. (Nuestro Dios es una sólida fortaleza).

(4) Una de las obras más conocidas de Bach es la *Fantasia y fuga en sol menor*.

ha de ir siempre ligada. En las combinaciones musicales de la fuga, las notas parecen perseguirse, huir unas de otras en una *fuga* continua, que da lugar a su nombre. Construcción que nace de un proceso intelectual más bien que sentimental, la fuga es como una matemática, como una lógica de la música. Juan Sebastián Bach es maestro en el arte de la fuga. Su profundo genio musical lleva a esta composición tal diversidad de combinaciones, tal grandiosidad polifónica y tal *emoción*, que puede decirse que hasta las sinfonías de Beethoven no hay en la historia de la música nada que pueda compararse a sus fugas (1).

V

SIGNIFICACION HISTORICA DE LA MUSICA DE BACH

La música de J. S. Bach fué muy poco conocida en su época. Compuso en todos los géneros musicales, excepto la ópera, pero la celebridad que gozaba en la Alemania del Norte la debía más a su maravillosa ejecución, pues era un verdadero «virtuoso» del órgano, que a su poco conocida obra musical. Cuando murió, su nombre comenzó a perderse en la bruma del pasado. Mozart, Beethoven, y, principalmente, Mendelssohn, resucitaron su música grandiosa y genial.

Se ha dicho que la música de Bach posee una naturaleza esencialmente formal, matemática, cerebral. Spengler llega incluso a compararla a la matemática de Newton y de Leibnitz (2). Hugo Riemann sostiene todo lo contrario: «En el arte de Bach se revela la verdadera esencia de la música, esto es, una viva efusión de sentimiento; muchas de sus composiciones son puramente subjetivas, como las de Haydn y las de Mozart» (3). Lo que ocurre es que *el subjetivismo de Bach es completamente distinto al subjetivismo de los grandes músicos pesimistas del siglo XIX*, Beethoven, Schumann, Liszt, Brahms, aunque ya en estos últimos, como en Berlioz—música de programa—se trataba más de *pintar* el dolor que de expresarlo subjetivamente.

(1) La última obra, no terminada, de Bach, fué la titulada *Kunst der Fuge* (Arte de la Fuga), en la que figura una potente fuga cuádruple, cuyo tercer tema está formado de las notas BACH, si (bemol), la, do, si, según la nomenclatura alemana.

(2) *La decadencia de Occidente*, tomo II, pág. 29.

(3) *Historia de la Música*, pág. 338.

Esta idea esencial de la subjetividad de Bach en su música nos conduce inmediatamente al objeto de este pequeño estudio.

Juan Sebastián Bach era un espíritu ajeno a su época. Profundamente alemán, viejo alemán. Profundamente luterano, viejo luterano. Su hogar, íntimo, feliz. Su carácter, sencillo, ordenado, económico, amargado únicamente por las disputas casi constantes y típicamente provincianas, con la burocracia municipal de Leipzig. Tranquilo y burgués, Bach es el polo opuesto de su contemporáneo, compatriota y casi paisano Händel (1), que viaja por Italia y se fija en Inglaterra, célebre en las cortes europeas de la época, a quien los ingleses consideran como gloria nacional.

El espíritu de la Reforma de Lutero vivía prácticamente en la vida y vivirá eternamente en la obra de Bach. Creaba música de iglesia «para mayor gloria de Dios». Creaba por necesidad fisiológica, sin descanso, y sus composiciones se perdían, olvidadas por la incompreensión de las gentes. *Su subjetivismo no refleja el dolor, sino la paz sencilla, serena, religiosa y burguesa de su espíritu.* Componía con un sentido universal, con un «yo objetivo», que diría Hegel.

El siglo de la Ilustración no existió para el «padre de la música». Compárense los deístas ingleses, contemporáneos suyos, y su espíritu rigurosamente luterano. Compárense la inquietud racionalista y su sencilla fe. Y las Misas del maestro alemán, compuestas para halagar al católico rey de Polonia, y duque de Sajonia, Augusto II, bellas, pero frías, y la *Pasión según San Mateo*, en la que cada nota rebosa fe y sentimiento religioso.

Ya lo dijo Wagner, refiriéndose a la música de Bach: «Sombrio gótico alemán». Ahora bien; este impulso irresistible de llenar el espacio con las voces del órgano, que se persiguen y se acumulan en combinaciones llenas de pura emoción en una arquitectura musical que se eleva hacia lo infinito, ¿es un impulso barroco, o es un impulso gótico? Recuérdese que la cultura romana pasa por el Sur de Alemania; recuérdese que el Renacimiento recorre parecido camino; recuérdese que la Reforma luterana arraiga, por el contrario, en los ducados del Norte, y tal vez pueda llegarse a una solución.

El genio musical de Bach le permitió realizar *una perfecta fusión*

(1) Nació el mismo año que J. S. Bach, en Halle, muy cerca de Eisenach.



J. S. Bach improvisando en el órgano.



Página del manuscrito autógrafa del *Preludio y fuga en si menor para órgano*, de J. S. Bach.

(Nótese la técnica contrapuntística, «nota contra notam».)

de los estilos de dos épocas, fundamentalmente distintas: el estilo antiguo de la polifonía rigurosa y constante, y el estilo nuevo de la armonía y de la melodía acompañada. El resultado fué asombroso y el vuelo sereno de su genio no tuvo ya límites. Pero cabe preguntarse: en esta incorporación de dos estilos musicales—dos épocas históricas, no hay que olvidarlo—que realiza Bach a su propio estilo, ¿se hace un esfuerzo para incorporar la antigua técnica a la moderna, o se logra agregar la moderna a la antigua? Es decir, ¿la música de Bach siente y expresa lo viejo—lo gótico en este caso—o es una resultante del momento, de lo nuevo—final del barroco? Es un problema histórico que, por ahora, no nos atrevemos a resolver.

Lo que no cabe duda es que la música de Bach fué, es, y probablemente será, una música para minorías. Y una música en la que el espíritu goza más que el sentido. La música de los grandes maestros posteriores, románticos y pesimistas, llega, en algunos momentos, a producir un verdadero goce sensual. En la música de Bach el espíritu, el cerebro, se empapa, retiene casi todo y sólo deja pasar un pequeño resto filtrado para el sentido.

El espíritu griego de la antigüedad producía siempre formas, aunque de una belleza y perfección asombrosas. Necesitaba su «polis», su arte, sus dioses, su filosofía. No sentía la necesidad del infinito.

El espíritu occidental, desde la aparición del cristianismo principalmente, sufre una profunda transformación. Hay una verdadera constante, un bajo tenido, de sed, de ansiedad de infinito, que tiembla y se exalta en todo momento, en las sombras maravillosas de la *Leción de anatomía del Profesor Tulp*, de Rembrandt, y en las fugas inagotables y eternas de Juan Sebastián Bach.

La Iglesia Católica decidió en 1564 desterrar la música de su liturgia si no se lograba darle mayor dignidad. Palestrina, con su célebre *Misa del Papa Marcelo*, salvó la situación. La Reforma, que intentó anular las artes religiosas con su sequedad litúrgica, respetó la música, a la que Lutero concedió gran importancia.

El que escribe estas líneas no sintió históricamente—y, por lo tanto, profundamente—la música de Bach hasta que la escuchó en una iglesia protestante. (Hay que hacer un esfuerzo objetivo y translativo para no aturdirse en estas iglesias protestantes que carecen de la estrella polar del altar.)

Concierto nocturno. Desnudas las paredes de imágenes y los fríos muros perdidos en la penumbra. Unicamente brillaba en lo alto, sobre el teclado del órgano, un espejo iluminado, en el que se reflejaban las inquietas manos del organista, que parecían tejer una red sonora e invisible. Cuando las voces del órgano—todo el programa era Bach, sólo Bach—sobresaltaron el oscuro silencio de las tristes naves, la penumbra tembló de emociones y se hizo fecunda. Todo el espíritu del maestro, sereno, cristiano, sencillo, burgués; todo el espíritu de la Reforma—ansia de pureza, de honradez, de acercamiento a Dios—, que no llegó a realizarse prácticamente, fluía en las notas geniales del «padre de la música», que, mezclándose y sucediéndose en combinaciones maravillosas, se elevaban hacia un infinito nunca logrado, con esa ansiedad emocionante, mística y florida a la vez, que dirige y alarga las agujas de las catedrales góticas hacia el cielo.

BIBLIOGRAFIA

- A. LAVIGNAC: *La Musique et les Musiciens*. París, 1898.
 HUGO RIEMANN: *Historia de la Música* (Colección Labor). Barcelona, 1934.
 A. PIRRO: *J. S. Bach*. París, 1906.
 PH. WOLFRUMH: *J. S. Bach*. Leipzig, 1910.
 JULIEN TIERSOT: *J. S. Bach*. París, 1934.

Espanoles en Dinamarca

(Expedición al Norte a las órdenes del Marqués de la Romana)

POR

MARÍA DEL ROSARIO DE NÁRDIZ

En 1806, Napoleón pidió a Carlos IV fuerzas para reemplazar al ejército francés que guarnecía Toscana, consiguiendo así privar de gente armada a la defensa española; se accedió a ello, y a principios de marzo, de cuatro a cinco mil españoles entraban en Florencia.

Al año siguiente—1807—, después de la sangrienta batalla de Eylau, nueva petición de tropas; con el pretexto de poder continuar la campaña de Sajonia y Hannover, exige de España una división de 15.000 hombres, destinándola al litoral del Norte. Quien vea el sesgo que iban tomando los proyectos en la mente de Napoleón se podrá dar cuenta de que su intención era ir desarmando a España, en previsión de ulteriores proyectos.

En octubre enturbió algo las negociaciones la proclama que publicó Godoy, llamando a las armas a los ciudadanos contra un enemigo que, aunque no nombraba, estaba en la mente de todos. Napoleón disimuló el mal efecto que le produjo, pero se hallaba ya sobre aviso para cualquier eventualidad.

Ya tenemos a nuestros soldados en marcha para Alemania, donde se reunirán con los de Toscana, para ir juntos por las orillas del Elba hasta Hamburgo a servir todos a las órdenes del marqués de la Romana.

Al poco tiempo de llegar se distinguieron en la acción de Stralsund, calificada por el general francés de «gallarda y valiente», apresurándose a notificarlo así en el parte oficial.

Sin embargo, no gozaron mucho tiempo de sus laureles, pues en cuanto las negociaciones de rendición comenzaron, fueron enviados a

reunirse en Hamburgo con los demás cuerpos de ejército de Bernadotte.

Pasaron el invierno en aquella ciudad, pero en la primavera del 1808 los planes del emperador francés hicieron cambiar a los ejércitos de residencia, engolfándolos en el laberinto de islas y bosques daneses, dejando para siempre las amenas campiñas de Hannover.

Mientras tanto, Napoleón ultimaba los proyectos de la invasión de España. Por el temple de alma de los que gobernaban en ella calculó Napoleón el de los españoles, y sus cuentas le fallaron.

Por el tratado de Fontainebleau se permitía a las tropas francesas pasar por España, y de este pretexto se sirvió Napoleón para la consecución de sus planes. Pero el pueblo de Madrid dió el primer grito de rebelión en la jornada del 2 de mayo. Todas estas noticias, cuidadosamente veladas a nuestros compatriotas, no llegaban a ellos más que en la forma de una creciente suspicacia por parte de los franceses, aumentando en ellos la sospecha, pues aun antes del 2 de mayo corrían por Hamburgo rumores que nada bueno auguraban para la suerte de España.

Veamos en un momento quién era el general en jefe. El marqués de la Romana peleó ya en las guerras de la República, distinguiéndose en la defensa del puente de Bislatori y siendo herido más tarde en Barcelona. Instruido, valiente y generoso, se dejaba ganar frecuentemente por la indolencia, pero en las situaciones extremas demostró que sabía tomar y cumplir una resolución, por arriesgada y heroica que fuese.

Como convenia a Napoleón tener bien seguras y aisladas a las tropas españolas, escribió a Berthier el 13 de abril: «Haréis conocer al príncipe de Pontecorvo que las tropas españolas merecen alguna vigilancia; que es necesario aislarlas de manera que no puedan hacer nada».

Todavía, sin embargo, los españoles, y en especial el marqués de la Romana, no tenían más que presentimientos; pero tan fuertes, que el general, aun antes de salir de Hamburgo, envió a España personas de su absoluta confianza con correspondencia y petición de noticias.

Los enviados regresaron el 24 de junio al cuartel general de Flonia, y a ellos se incorporaron otros dos españoles, testigos todos de la jornada del 2 de mayo.

El efecto que produjeron sus noticias puede suponerse. Produjeron desesperación e irritación, y todos se mostraban propicios a soluciones extremas.

Su situación, sin embargo, era casi desesperada: la posición que ocupaban, la continua vigilancia de Pontecorvo y la presencia de los ejércitos napoleónicos hacían imposible cualquier intento de evasión.

Sin embargo, su mismo aislamiento, unido a la proximidad de la escuadra inglesa, iba a facilitar su fuga.

Las noticias seguían llegando; en el ejército cundía la indisciplina y la exasperación. Se sospechaba de todo y de todos.

En este estado de cosas se recibió en junio un despacho de don Mariano Luis de Urquijo, que vino a excitar más a todos, pues mandaba que se reconociese y jurase al rey José Bonaparte.

Obligaba la Constitución de Bayona al juramento de las tropas al nuevo rey, y Bernardotte recibió el encargo de exigirlo a la división de Dinamarca. Después de muchos incidentes, creyó por fin ver cumplido su deseo y no dió al principio gran importancia a la resistencia que oponían algunos regimientos. El mismo general en jefe viose obligado a reconocer a José.

Le convenía ganar tiempo para ver si se presentaba alguna ocasión favorable.

Por fortuna, en el momento actual, no tuvieron influencia en él ajenas insinuaciones.

Desde junio habían intentado los diputados de la Juntas provinciales de Galicia y Asturias ponerse en comunicación con ellos, pero todo fué en vano: las cartas fueron interceptadas o se retrasaron en su llegada.

Hacia la misma época, Su Majestad Británica da una muestra patente de su adhesión a los españoles, publicando el 4 de junio una declaración por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Pocos días antes del juramento había conseguido llegar hasta el marqués de la Romana un sacerdote católico inglés, encargado de ponerle en relación con la escuadra británica. La Romana aceptó el ofrecimiento.

Pero se necesitaba una prudencia extraordinaria, y además Roberston—que así se llamaba el enviado—se veía en la imposibilidad de comunicarse con su Gobierno, y se dirigió a Bremen y Hamburgo para intentar hacerlo.

Mientras tanto, en las filas cundía la indisciplina y llegaban a oídos de Pontecorvo noticias concretas sobre la situación de los españoles y su rebeldía respecto al juramento de fidelidad al rey José; hasta que el marqués de la Romana escribe al príncipe desde Assens una respetuosa carta dándole cuenta de que las órdenes de Su Alteza se cumplirían en breve plazo, pero que la falta de correspondencia con España desde hacía tres meses, las noticias malévolamente esparcidas por los ingleses y el acto de juramento desacostumbrado en España habían hecho encontrar dificultades en algunos regimientos, asegurándole que un breve espacio de tiempo bastaría para tranquilizarlos.

La fórmula que juraron el general y su estado mayor, casi en su totalidad preparada por la tropa, fué ésta:

«Como individuos del ejército de la nación española, de la que formamos parte y a la que deseamos vivir y morir siempre unidos, y tan sólo creyendo que toda ella legítimamente representada puede, con plena libertad, haber prestado igual juramento que el que se nos exige, *sólo así*, juramos fidelidad y obediencia al Rey, a la Constitución y a las leyes». Como puede observarse, entre tantas condiciones y restricciones se pierde de vista el juramento.

A pesar de que los ánimos se excitaban de día en día, la Romana no exteriorizaba sus sentimientos, sino que estaba a la expectativa de cualquier ocasión, por pequeña que fuese, para realizar sus planes. «Cuanto menos noticias teníamos de España—dice don Rafael de Llanza—más se aumentaba la efervescencia de los espíritus», hasta que llegó a su colmo en forma que pudo haber comprometido el éxito de la aventura.

Cavagnac, jefe francés, encargó al general Fririon el dar las órdenes de formar los ejércitos que estaban en Zeelandia para el juramento del nuevo rey; pero los cuerpos, que estaban en franca rebeldía, se sublevaron ante tales órdenes y atacaron el palacio donde se hospedaban Fririon y sus acompañantes, quienes pudieron salvarse de una muerte cierta porque nuestros oficiales lograron esconderlos. Fririon, por fin, llegó a Copenhague, a donde llevó estas noticias, más otras inventadas por él, como la de que los españoles se dirigían a adueñarse de la capital, logrando que el rey de Dinamarca sacase al campo 12.000 hombres a defenderla.

Pero los jefes habían conseguido imponer el orden en las encoleri-

zadas filas, y por nuestro representante en Copenhague había sabido el monarca danés que las tropas venían a ponerse bajo su amparo, y, generoso, no quiso atender las reclamaciones de Fririon y se contentó con dividir nuestras fuerzas en destacamentos, y desarmarlos más tarde, cuando supo la evasión de los de Fionia y Jutlandia.

El 16 de julio recibe La Romana la respuesta de Bernardotte a su carta de Assens, contestación amenazadora, no admitiendo disculpas de un acto que consideraba de indisciplina; ordenaba el juramento inmediato y sin restricciones al nuevo rey, anunciando que reprimiría a los agitadores en el ejército español.

La situación del general en jefe era más que difícil: la insurrección del ejército en franca hostilidad no dejaba lugar a dudas y la actitud de Pontecorvo aún menos.

Desde junio, como hemos visto, estaban intentando los diputados de Galicia y Asturias ponerse en comunicación con los ejércitos de Dinamarca, pero siempre en vano.

Tampoco se consiguió nada con el envío del Reverendo Robertson, como no fuese el hacer saber al general que la escuadra inglesa estaba a su disposición.

Mientras tanto llegaban a Londres don Juan Ruiz de Apodaca y don Adrián Jácome, y como era urgente sacar a los soldados de su cautiverio, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía mandasen al Báltico a su secretario, el oficial de Marina don Rafael Lobo, «sujeto, capaz y celoso». Proporcionó el buque el Gobierno inglés, y haciéndose a la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se había apostado la escuadra de Sir R. Keats, que cruzaba los mares del Norte. Ancló delante de las islas dinamarquesas, y deseoso de avisar su llegada, utilizó Lobo todos los medios que tuvo a su alcance, pero siempre con resultado negativo. Empezaba ya a desesperar cuando el heroísmo de un alférez del «Cataluña», Fábregas, puso fin a su angustia y a las perplejidades del Marqués de la Romana.

Era más de media noche del 6 de agosto, y La Romana se hallaba todavía sumido en hondos y tristes pensamientos, cuando llaman a su puerta dos oficiales, mensajeros de mejores noticias, que iban a darle la clave de su terrible problema. Eran don Félix Carreras, teniente del batallón de Cataluña, disfrazado de asistente, acompañando al alfé-

rez de su Cuerpo don José Antonio Fábregas, quien le refirió lo que había hecho en aquellas últimas horas.

Fábregas había recibido del gobernador francés de Langeland el encargo de llevar unos pliegos a Fririon, y de acuerdo con sus compañeros había aprovechado el regreso para obligar a los remeros que le conducían a atracarle al costado de uno de los navíos ingleses que observaban las islas.

Una vez en la escuadra, tuvo la sorpresa de encontrarse con un español, Rafael Lobo, que había ido allí expresamente para comunicarse con ellos. Halló una favorable acogida a él y a los planes, tanto suyos como de sus camaradas.

Conferenció con Lobo, que llevaba el encargo de la Junta Suprema de Sevilla de entregarle el proyecto de evasión general del ejército. Todo quedó acordado y previsto por Fábregas, Lobo y el contraalmirante Keats.

Fábregas se encargó de hacer llegar a tierra la correspondencia, proclamas, noticias e instrucciones de lo que había de hacerse para no dejar en Dinamarca ni un solo soldado. De noche y a hurtadillas le echó en la costa un buque inglés y desembarcó en Langeland en la noche del 5.

El imprudente entusiasmo de Fábregas, a su vuelta, estuvo a punto de comprometer el éxito de su misión, haciéndole sospechoso a los franceses, por lo que el comandante de su Cuerpo, don Ambrosio de la Cuadra, con quien se había entrevistado, determinó enviarle inmediatamente, acompañado de Carreras, a conferenciar con el general en jefe. Este, en cuanto se enteró de todas las nuevas que le traía Fábregas, convocó inmediatamente un consejo de oficiales para ultimar empresa tan arriesgada, y convino secretamente con los ingleses en que la isla de Langeland sería el punto de reunión y refugio de las tropas hasta su embarque, decidiendo después el modo y la forma en que éste habría de efectuarse.

Se pasó aviso a las tropas de Jutlandia de que si querían salvar los ejércitos de aquella provincia habían de guardarse de Bernardotte, que por su proximidad podría hacer fracasar toda la trama, y de Kindelán, comandante afrancesado, advertencia que no estuvo de más, como luego veremos. Mientras tanto, La Romana contestaba a Pontecorvo su carta del 16, pidiéndole algún tiempo para calmar la agita-

ción de la tropa y diciéndole que esperaba obtener en breve tiempo el juramento pedido. Con esto lo único que quería el general era ganar tiempo y desorientar a Bernardotte sobre sus verdaderos proyectos.

¡A España!, iban diciendo por todas partes los emisarios del marqués de la Romana, y electrizando las voluntades de todos los que les oían, comenzaban los preparativos de fuga de varios miles de soldados retenidos forzosamente al servicio de su propio enemigo.

El plan de Sir Keats, con el que coincidió el estado mayor de la división española, era reunir en un momento dado todas las fuerzas en un punto de Fioria, fácil de fortificar, o en una pequeña isla donde el ejército pudiese esperar con relativa tranquilidad la llegada de los transportes. Ya vimos cómo se había señalado la isla de Langeland como punto de reunión, con el proyecto de que el batallón de Cataluña, que estaba destinado en ella, se adueñase de la isla, inutilizando la acción del comandante francés y del gobernador de Langeland. Se pasaron a todos los Cuerpos las oportunas órdenes sobre lugar y fecha de su traslado, etc.

De las fuerzas de Zeelandia, desgraciadamente, no hubo ni que ocuparse, porque estaban todas diseminadas, y con un número quintuplicado de tropas enemigas para su vigilancia, a causa de su ataque al general Fririon.

Llegaron, por fin, los emisarios del marqués a Fridericia, donde se encontraba el regimiento de Zamora a las órdenes de Kindelán.

Aparentando éste estar conforme con todo el proyecto del marqués de la Romana, trasladó las órdenes a sus tres batallones y pidió los barcos a los gobernadores daneses, como se le indicaba en la orden recibida, y aun embarcó su equipaje. Pero entretanto no sólo dió la voz de alarma a Pontecorvo, sino que, temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa huyó de su casa. A pesar de todo, el comandante del puerto, aun extrañándole la orden y el pretexto forjado, no puso inconveniente al embarque de las tropas.

Kindelán, mientras tanto, no contento con las noticias facilitadas a Bernardotte, descubrió al capitán de artillería don José Guerrero, que estaba en el Schlevig con una misión secreta del marqués de la Romana. Arrestaron al capitán, quien, en un momento de arrebató, llamó traidor, delante de Pontecorvo y sus oficiales, a Kindelán, quedando éste avergonzado y mirándole después de soslayo aquellos mismos a

quienes servía. Salvóle a Guerrero la vida la generosidad del mariscal francés, que le dejó escapar, y aun quiso facilitarle dinero para hacerlo.

El único regimiento de la provincia de Jutlandia que no pudo salvarse fué el Algarbe, debido a la irresolución de su anciano coronel.

El capitán Antonio Coste llegó con su compañía al pequeño Belt, pero allí se vió envuelto y cortado por quince escuadrones del regimiento de caballería belga, que le obligaron a rendirse. Pareciéndole esto una ignominia, no quiso sobrevivir, y en un momento de locura se quitó la vida de un pistoletazo.

Entretanto La Romana, puesto de acuerdo con Keats por medio de Lobo y Carreras, se había apoderado de Nyborg. La escuadrilla del puerto se negó a facilitarle transportes e intentó cortarle el paso, pero ante una lucha tan desigual como hubiera sido la de ésta con la escuadra inglesa, se vió obligada a cejar en su intento y pudo disponerse el embarque.

A las nueve de la noche de aquel mismo día llegaban el «Zamora», el «Princesa» y los zapadores, que en veintidós horas habían recorrido diez y seis leguas, cubiertos en la retaguardia por los dragones de Almansa.

El 11 embarcan nuestras tropas en Nyborg, y el 13, después de peligrosa y borrascosa travesía, llegan por fin a Langeland.

Dom Ambrosio de la Cuadra, comandante del regimiento de Cataluña, hizo honor a la confianza que en él había depositado su jefe. Mientras las tropas de Jutlandia se movilizaban, Cuadra, con los batallones de Cataluña, Barcelona y Villaviciosa, se había hecho dueño de las baterías de la costa. Tuvo la astucia de inutilizar la acción del comandantes francés, adormeciendo primero al conde de Asfeld, gobernador de la isla, y obligándole a deponer las armas, a pesar de la superioridad del número de las tropas que mandaba. Hizo así de Langeland un punto de refugio inatacable para el ejército francés.

El 12 de agosto ya estaban todos juntos en Langeland, donde, «clavadas las banderas, en medio de un círculo que formaron y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de despecho y de ternura ser fieles a su amada patria y desechar seductoras ofertas» (1).

(1) Conde de Toreno: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*.

Espectáculo impresionante debió ser aquel en que varios miles de desterrados hacían la promesa de por todos los medios posibles acudir en auxilio de su país en peligro.

En el tiempo de la espera se dedicaron a hacer la aguada y provisiones necesarias para la travesía. No les faltaron durante aquellos largos días emisarios y parlamentarios que pretendían «desengañar a la engañada tropa», ni paseos amenazadores de la escuadra danesa, pero no lograron ni atemorizar a los expedicionarios ni quebrantar su firme resolución de no seguir arrastrando más tan odiosas cadenas.

El 21 de agosto zarparon de Langeland, y el 27 llegaban a la espaciosa bahía sueca de Goeteboorg, donde tenían que esperar los transportes que habían de llevarlos a España. Por fin, el 5 de septiembre ven aparecer a éstos, y el 12 se hacen a la mar con rumbo a Inglaterra. Desde aquí lo hacen a España, desembarcando el 9 de octubre en Santander, después de una peligrosa travesía por el mal estado del mar.

Así terminó esta memorable odisea, que tuvo buen fin gracias al tesón y patriotismo de sus protagonistas, principalmente de su jefe, que morirá dos años después, joven todavía, de resultas de la guerra.

BIBLIOGRAFIA

CONDE DE TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Tomos I y II.

NELLERTO: *Memorias para la historia de la Revolución española, con documentos justificativos*.

GÓMEZ DE ARTECHE: *Historia militar de España de 1808-1814*.

— *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*.

M. DU CASSE: *Memoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph, publiés, annotés et mis en ordre par...*

TEXTOS

Con un fragmento de Francisco Guizot inicia hoy HISTORIA una sección nueva. Se propone en ella dar periódicamente algunos breves textos esenciales, de historiadores profesionales a veces; otras no, pero que siempre aporten un paso decisivo a la intelección de un momento histórico, o aclaren la conciencia que de la propia labor científica se tenga.

Han de ser textos que, desprendidos de la totalidad en que fueron pensados, conserven viva toda su intención. Su densidad y su agudeza habrán de compensar sus exiguas dimensiones. De este modo servirán además de ejemplar para lo que deba ser el trabajo histórico. Intentaremos seguir en una línea de discontinuidad los escasos momentos en que una página de historia ha logrado cumplir su pretensión.

"Eadem sed aliter"

por FRANCISCO GUIZOT

Las escasas páginas que siguen pertenecen a un libro político de Guizot (1). Con un interés histórico nos volvemos a ellas hoy. Y esto no hubiera sorprendido a su autor, porque en manos de Guizot la Historia se convertía en política, y ambas se le daban unidas en estrecho vínculo. Se refieren estas páginas a un momento de la vida política de Francia, en 1821, en la nueva vieja monarquía, legitimista y parlamentaria, de Luis XVIII. Conviene hoy a los estudiosos de la Historia parar mientes en ciertos rasgos de aquella situación, de la que nos separan ciento catorce años y una frontera. Sería menester medir su proximidad y su lejanía de nosotros. El doble carácter que hemos de buscar siempre para entender la realidad histórica. De uno de esos extraños paralelismos, que hay que interpretar como tales, nos ofrece una clara muestra Guizot, el doctrinario.

«En esta lucha, M. de Villèle parecía tener todas las ventajas. ¿Qué posición era, a primera vista, más clara y más sencilla que la suya? De 1815 a 1820, ha servido a su partido; y al servirlo ha dado pruebas de inteligencia y de constancia. Fiel a los suyos, medurado con sus adversarios, se ha mos-

(1) *Des moyens de gouvernement et d'opposition dans l'état actuel de la France*; Oeuvres politiques de F. Guizot, tome IV, París, 1831, págs. 48-52.

trado prudente y se ha hecho suponer capaz. La corriente lo empuja hacia el poder; se situará bien en él, y sostendrá allí con autoridad, con entereza, la causa del partido que, al llevarlo al poder, se cree llevado con él.

Es un error, y el periodo legislativo precedente había podido hacer presentirlo: apenas ministro, la posición de M. de Villèle se hace falsa, y la debilidad del hombre se revela al mismo tiempo que la falsedad de su posición. Como jefe del antiguo régimen, está destinado a lo imposible; lo siente y se debate estrechamente contra una necesidad que no sabe ni sufrir ni sacudir. Sólo, entregado a sí mismo, liberado de sus tropas, sería de buena gana ministerial. Apoyaría a M. de Richelieu, se entendería con M. Pasquier, y se acomodaría muy bien a una política poco viva, poco fuerte, que no tendría otro fin que hacerse soportar y ganar tiempo. Pero lo que quería M. de Villèle, no lo puede, y tampoco puede lo que se quiere de él. El ministerio le pide que gobierne a su partido; su partido le pide que gobierne al ministerio; de estas dos tareas, la primera es imposible para M. de Villèle, como para cualquier otro; la segunda es demasiado fuerte para él. Para gobernar la contrarrevolución hay que conducirla a sus fines, y M. de Villèle mismo no cree que esto sea posible, no se atrevería a intentarlo. Para invadir plenamente el poder, sería menester audacia, brillo, algo, en fin, de esa energía de espíritu y de carácter que, a todo riesgo, persigue sus fines y quiere el éxito. M. de Villèle no tiene nada de eso; no está animado por ninguna pasión fuerte, dirigido por ninguna idea grande; ha desplegado, en su pequeña táctica de oposición, todo lo que poseía de destreza y de *savoir-faire*; la hora de la gran batalla ha llegado, pero el hombre está agotado; es claro que su nuevo destino le pesa, que la sed del triunfo de los suyos no lo devora y que, por su cuenta, se contentaría con mucho menos. ¿Qué hacer, sin embargo? El ministerio y el partido están ahí; el uno pretende haber adquirido a M. de Villèle; el otro entiende que no lo ha perdido; los dos lo aprietan y molestan igualmente. Incapaz de satisfacer a esas dos necesidades y demasiado débil para elegir entre ellas, intentará eludirlas alternativamente; será un poco ministerial con el partido, un poco hombre del partido con el ministerio; prometerá a M. de Richelieu la docilidad del partido, al partido la complacencia de M. de Richelieu; intentará entregar a sus colegas a sus amigos, y a sus amigos a sus colegas. ¿Quién sostendría una situación semejante? Cada día se hará más difícil, y cada día bajará un tanto el hombre que se ha dejado poner en ella. Ya no puede, como en el buen tiempo de su oposición, mostrar alternativamente las doctrinas de la contrarrevolución y los principios de la libertad; está preso en un ministerio que teme casi igualmente la libertad y la contrarrevolución. Ya no se atreverá a mostrar ningún principio, de ningún género, pues toda discusión, toda ocasión un poco importante revela y redobla las dificultades en que está sujeto. Y he aquí a este jefe de partido, a este hombre que ha costado tanto trabajo hacer ministro, hélo aquí ministro oscuro y tímido, que huye de la acción, que teme la palabra, que no procura más que borrarse y no aspira más que a callarse, igualmente temeroso, igualmente inmóvil ante sus antiguos amigos, que no quiere perder, ante sus nuevos aliados, que no quiere asustar.

Esta situación ha tenido su desenlace. M. de Villèle había descendido; ha salido. El público se ha enterado un día de que M. Corbières y él no eran ya

ministros. El público ha preguntado por qué. Le han contado yo no sé cuántas reuniones, conferencias en que se había debatido el precio del socorro concedido al ministerio durante el período legislativo. Ha oído decir que por una parte se había exigido mucho, por la otra prometido también mucho, que varias veces habían parecido a punto de entenderse, que M. de Villèle, que reclamaba mucho en nombre de su partido, se hubiera contentado, en su propio nombre, con bastante poco; que M. de Richelieu había ofrecido y negado alternativamente, consentido y retractado; que, por último, en un acceso de humor recíproco, M. de Richelieu había dejado marchar a los ministros que se disponía a retirar el partido. Sea lo que quiera de estos hechos menudos, el público ha dado primero a esta retirada bastante importancia; ha creído ver en ella el preludio de un cambio de sistema. Se han apresurado a desengañarlo. El ministerio ha proclamado la intención de perseverar en su marcha, en sus alianzas; y el alejamiento de los jefes de la derecha le ha parecido un hecho demasiado poco importante para acarrear su ruptura con el partido.

¿Tiene razón? El próximo período legislativo, ¿traerá combinaciones más decisivas? MM. de Villèle y Corbières, ¿volverán como vencedores o como meros auxiliares, dóciles, aunque descontentos? Lo ignoro, y, a decir verdad, me inquieto bastante poco de ello. No creo al ministerio ni al partido en estado de pasarse el uno sin el otro, ni por consecuencia de separarse realmente. En el fondo, la situación, pues, no ha cambiado. El sistema puramente estacionario ha prevalecido momentáneamente; pero la contrarrevolución está siempre a la puerta. Será menester empezar de nuevo a tratar con ella.»

(Traducción de Julián Marías.)

BIBLIOGRAFIA

Incluiremos en esta sección:

1.º Extractos de conferencias o resúmenes de libros, lo bastante extensos para producir una visión de conjunto en el lector que no pueda acudir al original.

2.º Revistas y libros recibidos.

3.º Revistas y libros cuya reseña juzguemos interesante para nuestros lectores.

Del sumario de las revistas citaremos únicamente aquellos artículos que tengan relación con los temas históricos.

RESUMENES

A partir del próximo número comenzaremos a publicar el resumen del libro de Paul Hazard *La Crise de la Conscience Européenne*. Como dicho resumen se extenderá a más de un número de HISTORIA, y nuestra publicación quedará interrumpida durante los meses de junio, julio, agosto y septiembre, hemos preferido aplazar hasta octubre su aparición. A ello se debe el que hoy no continuemos la serie de resúmenes que consideramos como una de nuestras más importantes actividades informativas.

REVISTAS EXTRANJERAS Y ESPAÑOLAS

Revue de Deux Mondes, 1 avril 1935. París.

Gabriel Hanotaux: «Richelieu et l'armée. III, La nouvelle équipe».

Le Mois, février-mars 1935. París.

Les Lettres. Le centenaire du «Kalevala».

Les Sciences. Les modes de l'évolution culturelle. Les maladies de l'homme fossile.

Forschungen und Fortschritte, 10 märz 1935. Berlin.

Otto Franke: «China in Geschichte und Gegenwart».

Willy Andreas: «Der deutsche Mensch in der Reformationszeit».

Deutsche Rundschau, april 1935. Berlin.

Fritz Klein: «Bismark».

M. V. Uslar: «Kaiser Maximilians Tod».

Hermann Grün: «Góngora».

Acción Española, marzo de 1935. Madrid.

Roberto Levillier: «Carlos V y el Virrey Toledo».

Lorenzo Ribes: «Raimundo Lulio, promotor de la Cruzada».

Ramiro de Maeztu: «El espíritu en la Historia».

Revista Internacional de los Estudios Vascos, enero-marzo de 1935. San Sebastián.

Luís María Lojendio: «Aspectos sociales en la Historia Vasca».

P. Garmendia: «Trajes vascos del siglo XVI».

LIBRERIA DE FAUSTINO ZUAZO **TUDESCOS, 3**
Teléfono 22201

Compra y venta de toda clase de libros - Gran surtido de libros de texto

HISTORIA

LIBROS

JOSE ANTONIO SANCHEZ PEREZ: ALFONSO X «EL SABIO». Biblioteca de Cultura Española, dirigida por Francisco Vera. M. Aguilar, editor. Madrid.

Esta colección, de la que ya tuvimos ocasión de ocuparnos con motivo de *Séneca*, de D. Francisco Vera, y de la que seguramente tenderemos muchas veces que volver a hablar, se propone difundir, entre toda clase de lectores, la obra—en muchos casos sólo muy indirectamente conocida por el gran público—de las más excelsas figuras de nuestra historia intelectual. Persigue, pues, un propósito parejo al de las publicaciones de la «Asociación de Historiadores de la Ciencia Española», de la que es secretario el citado señor Vera, pero con carácter más popular. Por tanto, lo mismo que decimos de aquellas tenemos que decir de éstas.

Concretamente, el libro del señor Sánchez Pérez cumple bien la misión que corresponde a un trabajo de tipo introductorio y divulgador. Tanto las explicaciones del ilustre académico—con su utilísima bibliografía—como la acertada, aunque inevitable y, desgraciadamente, escasa, antología y las curiosas y limpias ilustraciones, resultan adecuadas, en alto grado, a su finalidad.

CELSE AREVALO: LA HISTORIA NATURAL DE ESPAÑA. Primera parte: Edades Antigua y Media. El descubrimiento de Indias y las ciencias naturales. Madrid, 1935.

Respondiendo a la innegable necesidad de conocer nuestro pasado científico, y con un fin vulgarizador y didáctico, este libro nos da una imagen justa y brillante del esfuerzo español en la investigación de la naturaleza. Dos momentos de un valor único en la historia—la asimilación del saber semítico y las exploraciones y descubrimientos en Indias—están tratados con especial diligencia y entusiasmo—pasión que pone conocimiento—. Es una obra que hace esperar, con auténtica esperanza, no sólo su formal continuación, sino, más que nada, ulteriores trabajos, en que la ciencia y el sentido hispánico del autor nos ayuden a redescubrir una parte valiosísima de nuestra historia.

CELSE AREVALO: BERNARDO DE CIENFUEGOS Y LA BOTÁNICA DE SU TIEMPO. Publicaciones de la Asociación de Historiadores de la Ciencia Española. Madrid, 1935.

Editado por esta Asociación, de la que tanto bueno habría que decir, ofrece este ensayo un especial interés, por mostrarnos, en un escritor español del siglo XVII, ideas biológicas que parecen predecir las más recientes orientaciones de nuestro tiempo. La inserción de esa biología en una concepción vitalista del mundo, a la que no es ajeno el actual pensar filosófico español—por desgracia, ignorado de la mayoría de nuestros científicos—, marca, una vez más, la radical unidad y universalidad del genio hispánico. Nos parece sumamente acertada la actitud del autor contra la seca sistemática que todavía algunos, por ahí, quieren darnos por ciencia. Son necesarios, y los esperamos, trabajos de este género y con semejante orientación sobre nuestros sabios.

Librería ENRIQUE PRIETO, Preciados, 48, Madrid, sirve toda clase de libros

Cumpliendo lo anunciado en el primer número de **HISTORIA**, suspendemos nuestra publicación hasta el próximo curso escolar de 1935-1936.

Queremos señalar aquí, al cerrar este trimestre de ensayo, nuestro agradecimiento a los suscriptores y a los lectores de **HISTORIA**, esperando que al reanudarse nuestra publicación en el próximo curso continúen contribuyendo a esta obra común, a este esfuerzo universitario, que tan excelente acogida ha tenido en los medios culturales españoles y extranjeros, y que estamos decididos a mejorar, en la medida de nuestras posibilidades, con trabajo y perseverancia.

Librería de ocasión

de la

Vda. de Matínez de Tejada

San Bernardo, 33 (antes 35). Tel. 25805



Se compra toda clase de libros antiguos y modernos -t- Compra y venta de libros de texto en buenas condiciones para el público

Se facilitan boletines

LIBRERIA GENERAL

DE

Victoriano Suárez



Preciados, 46

Teléf. 11334

M A D R I D

Biblioteca de ideas del siglo XX

Seleccionada y dirigida por D. José Ortega y Gasset, profesor en la Universidad de Madrid

PUBLICADOS

Rústica Ptas.

1	RICKERT.—Ciencia cultural y ciencia natural	5
2	BORN.—La teoría de la relatividad de Einstein	12
3	UEXKULL.—Ideas para una concepción biológica del mundo ...	7
4	SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo I	9
5	BONOLA.—Geometrías no euclidianas	7
6	SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo II	9
7	WOLFFLING.—Conceptos fundamentales en la historia del Arte.	18
8	SPENGLER.—La decadencia de Occidente. Tomo III	9
9	— La decadencia de Occidente. Tomo IV y último	9
	Índice de materias por orden alfabético de la decadencia de Occidente	1
10	HERTVIC.—Génesis de los organismos. Tomo I	12
11	— Génesis de los organismos. Tomo II	12
12	ALFREDO ADLER.—Conocimiento del hombre	8
13	SPENGLER.—El hombre y la técnica	5

HISTORIA UNIVERSAL

Obra de 40 sabios especialistas, los más grandes que existen actualmente en el Mundo, dirigidos por el célebre Walter Goetz, catedrático de Leipzig. La traducción y adaptación española, del catedrático D. Manuel García Morente, Decano de la Universidad de Madrid.

PLAN DE LA OBRA El despertar de la Humanidad. Hielos y Roma. La Edad Media. La época del estilo gótico y del Renacimiento. Reforma y contrarreforma. La época del absolutismo. Revolución y restauración. Liberalismo y Estados nacionales. Nacimiento del sistema de Estados mundiales. La época del imperialismo. Fida el folleto ilustrado. Le interesa pedir los catálogos generales de nuestra edición y la publicación mensual

Biblion, que remitiremos gratis

ESPASA-CALPE, S. A.

"Casa del Libro". - Av. Pi y Margall, 7. Madrid

MURILLO.—Pasaje de Valdecilla, 2.